

---

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

---



GRAL. CARLOS PACHECO.

## EN LOS FUNERALES DEL GRAL. CARLOS PACHECO.

Era un soldado de vanguardia este hombre;  
la lucha, que en gigante lo tornaba,  
cuando era digna de su heroico aliento  
en el puesto primero lo encontraba,  
allí donde el laurel se cosechaba  
con mucha sangre ó mucho sufrimiento.

Antes que otro amor un amor tuvo,  
la Patria, cuando amarla, muchas veces  
era morir. Un día, en nuestra historia,  
surgió de entre la sangre, destrozado  
en hazaña inmortal: de aquel soldado  
recogió la República la gloria,  
que tendrá siempre en lo futuro un eco,  
y *consteló* su enseña de victoria  
con gotas de la sangre de Pacheco.

La Patria antes que nada,  
y la Patria después; ella, ella siempre;  
pero ya no le pareció velada  
por nublós de borrasca y de pelea,  
sino espléndida y pura y transformada  
en progreso, en trabajo y en idea  
y corrió á ella con inmenso brío;  
la mano misma que lo guiara antaño  
al triunfo en los combates, gobernaba  
firme y sereno el tren, y el tren volaba.

Este hombre el puesto del peligro cobra,  
lleno de fe en la empresa acometida,  
y al consagrarse para siempre á su obra  
dió un nuevo combustible al tren, la vida.

Átomos de esa vida audaz é inquieta  
están incorporados á los nervios  
de acero, con que al tiempo y al espacio  
á su verbo el espíritu sujeta.

Átomos de esa vida están perdidos  
en el surco de hierro  
que abrió la madre tierra mexicana  
á los fecundos gérmenes que en ella  
siembra incesante la cultura humana.

Do quiera que el trabajo ha levantado  
la frente, ó donde en pie se ha puesto el hombre  
con la segur ó el pico ó el arado,  
puede inscribirse de Pacheco el nombre,  
sí; difundió su alma y su energía  
lo mismo en la región triste y sombría  
do abre la dinamita á la minera  
gente, paso del globo en las entrañas,  
que do el vapor su negra cabellera  
tiende al viento por valles y montañas.

Y el tren marchaba sin cesar; *via libre*  
los guardas repetían; á lo lejos  
despuntaba entre mágicos reflejos  
el sol del Porvenir. En aquel punto  
sintióse herido el paladín; llegaron  
las horas que creía bien remotas,  
y se irguió batallando altivo y fuerte.....  
cuando no pudo más, sus armas rotas  
sólo rindió á la muerte.

¡Ay! no, no es tan propicio el muelle clima  
con que el cielo nos ciñe y nos encanta  
al crecimiento de la ruda planta  
cuya flor es la voluntad, la fiera  
voluntad inflexible, la que sólo  
cede á la inteligencia, al miedo nunca,  
para mirar caer sin honda pena  
estos atletas cuya vida trunca  
en plena savia la implacable suerte;  
pocas veces cruzó por nuestro ameno  
valle, de luz y amor dulce venero,  
mas no de árboles secos despojados,  
un hombre más entero  
que ese humilde y glorioso mutilado.....

Llorémoslo, aceptemos  
de su recuerdo la indivisa herencia.  
Por las sombras, que hubo en su existencia  
era como nosotros, amalgama  
de pasión y de error y de conciencia;  
mas á nosotros superior ha sido  
por las grandes virtudes que su nombre  
han de salvar del odio y del olvido.

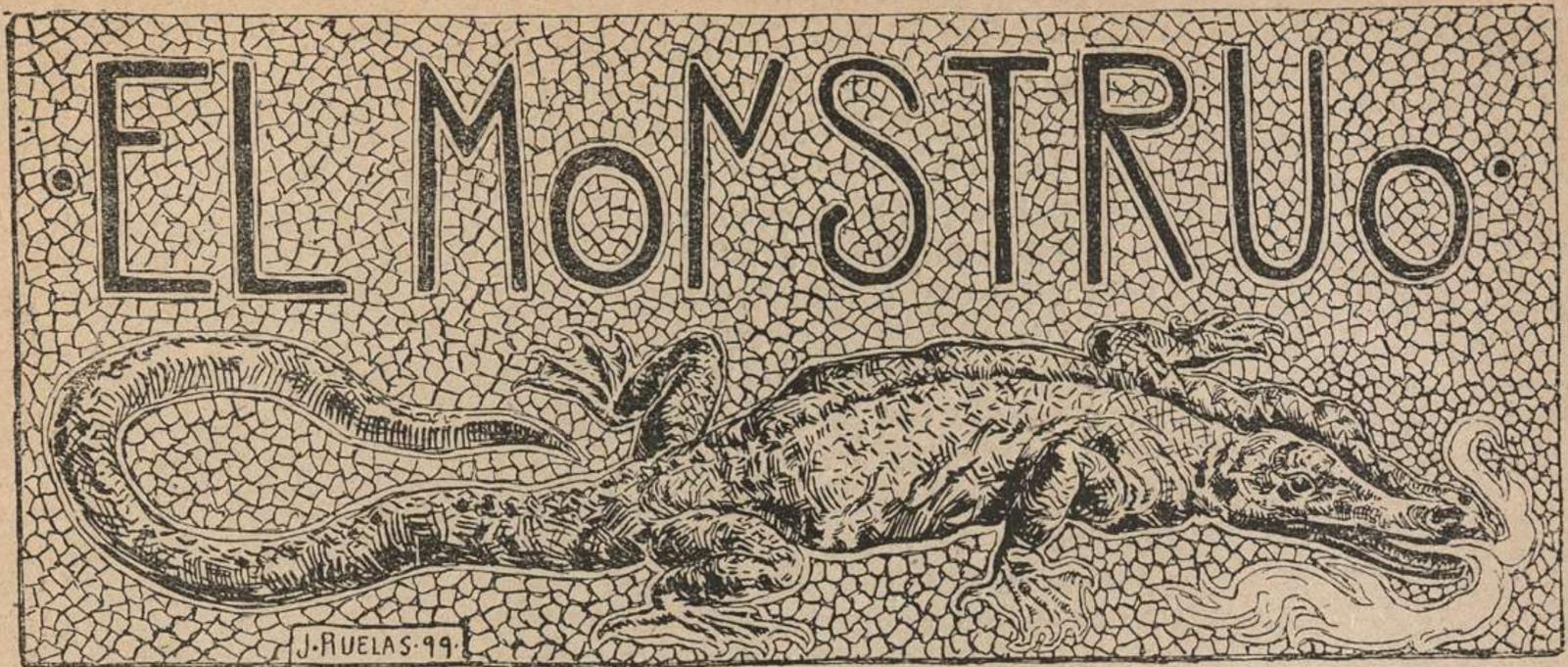
Llórelo el triste hogar desamparado  
do su anhelante vida halló la calma  
breves instantes ¡ay! y amor sereno  
cuando se levantaba de aquella alma  
de eterno gladiador, el hombre bueno.  
Y llórelo el amigo venerado  
para quien ara fuera el pecho mismo  
de este gran combatiente,  
que en él veía un símbolo viviente  
de honor y de civismo.

Que duerma en paz ¡necesítola tanto!  
que la tierra que amó lo guarde pia  
de flores mexicanas bajo el manto;  
y nuestro corazón que ahora entona  
del adios postrimero la elegia,  
guarde también las lágrimas que un día  
remueven el frescor de su corona.

Puede empezar el juicio de la historia;  
de él surgirá triunfante su memoria;  
pero si su ola impura  
alza contra este muerto el negro ultraje;  
si las turbas del odio aquí llegaran,  
su sacrilego intento será vano:  
ya el astro en nuestro cielo queda fijo,  
y la Patria de pie y espada en mano  
sabrà guardar la tumba de su hijo.

Septiembre 19 de 1891.

JUSTO SIERRA.



(FANTASIAS ESTÉTICAS).

A Bernardo Couto Castillo.

Para celebrar las Misas Blancas de la Belleza tuvieron los griegos altares de mármol impoluto y radioso. Eran los magníficos pontífices Phidias, Praxiteles, Scopas. . . el gran libro ritual, el torso de la Venus de Milo y sus senos culminantes los dos grandes capítulos de aquel Evangelio de la hermosura y del amor!

La vejez del mármol vino luego; el mármol griego, decrepito y triste, fué el marfil bizantino. Las vírgenes ebúrneas son los cadáveres de las Afroditas paganas. Murieron las Ménades que con la ronda de sus danzas epilépticas abrazaban las píxides y junto á sus cuerpos yacentes aparecieron las Orantes de las catacumbas. . . Murieron los púgiles, y junto al último héroe gladiador cayó de rodillas el primer mártir cristiano. . . Teodora, la Emperatriz de los mosaicos de Ravena, es la momia; la momia disecada de la marmórea Juno Ludovisi. . .



\*\*\*

Ah, mi pálido interlocutor de los crepúsculos visionarios y remotos, gemelo de mi alma, *alter ego* dilecto de las inauditas fantasías del espíritu, ¿dónde estás. . .? Una falena revolotea en torno de mi lámpara, luctuosa, tenaz, zigzagueante como la insana idea de locura que obsesionaba tu espíritu! Veo al través de mi glauca vidriera una silueta de formas indecisas, en cuya mitad dos chispas fosforescen. . . es un ramo del negro olivo tras del cual dos estrellas titilan, ó es en verdad un buho que me fija con sus pupilas de esmeralda? Así eras tú:

como un engendro de la noche; así eras tú: como un enigma de la sombra. . . Fueron para mí como el ónix las diafanidades de tu alma. . . Eras puro como el cuello de la víctima, implacable como el hacha del verdugo. . . . Abrumaba tu frente la corona de hiedras de tus vicios. . . . y ambulabas vestido con una túnica de lino. . . . Te ví reír cuando lloraba tu querida y llorar cuando tu amigo reía. . . . Alguna vez, en castigo de una infamia suprema, alcé mi mano sobre tu rostro cínico, y bastó una mirada de tus ojos para que mi mano colérica renunciara á la venganza y perdonara! Ah, mi pálido *alter ego*, mi interlocutor de las juveniles fantasías crepusculares! pálido hermano, abyecto y majestuoso, cobarde y heroico, sensual y misogino, entusiasta loco, pesimista caótico, polen en el nectario de la flor, lacio compás en la danza macabra, cuerpo disyecto, alma adamantina; ah, mi *alter ego!* sobre el hediondo cieno de tu memoria aborrecida, sobre el polvo de oro de tus ilustres cenizas, sostengo y juro que si tu alma prevalece, no habrá muerto el *Monstruo* en las edades modernas! . . .

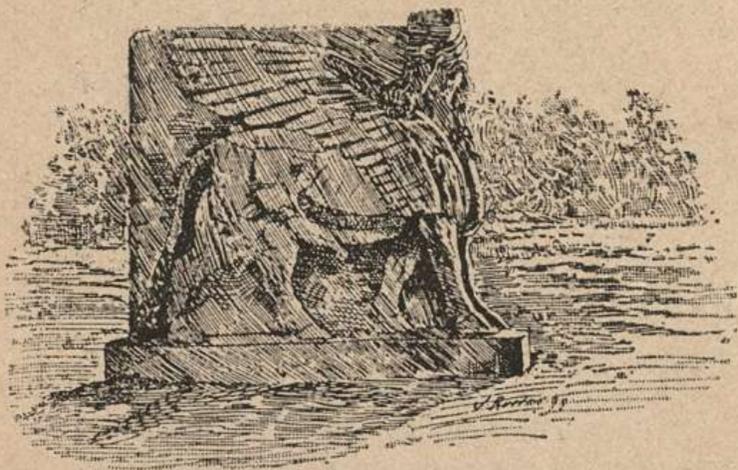
\*\*\*

Dejábamos atrás las Misas Blancas de la Belleza griega. . . . Esperábamos á que el día del Ideal se apagara, y ya en plena noche huíamos los sagrados bosques y el sol meridiano de la estética, para vagar bajo los claros de luna espectrales al través de las landas desoladas y de las estepas malditas. Para llegar hasta el sabbat, nos untábamos con unguentos de perversión, y nuestra fantasía era el macho cabrío que nos llevaba hasta la Misa Negra. Queríamos el opio de lo extraño, las mentas más picantes, las belladonas más turbadoras. Y un cirio de negra pez alumbraba el altar de nuestras devociones, y en el incensario sacudido con ritmos epilépticos ardían los euforbios acres en vez de los unciosos perfumes bíblicos. La Venus Calipigya era el altar. . . . yacía prosternada, y sobre sus ancas macizas y culminantes iban y venían nuestras monstruosas divagaciones artísticas, como el hormiguero de minús-

culos faunos sobre «La Lujuria» grabada por Feliciano Rops....

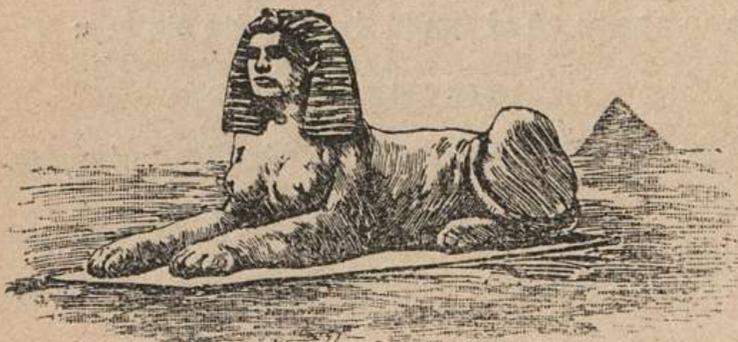
\* \* \*

Seguíamos al *monstruo* paso á paso. Lo vimos nacer en Patmos, engendrado por el Profeta en el árido vientre de su Melancolía..... Ya lo habíamos



visto en Asiria, como un toro androcéfalo y alado. En Egipto tuvo cabeza de gavilán ó fué un hipopótamo con vientre y senos de mujer y acorazado por el fango del Nilo, que estallaba al fuego del sol.

En Grecia el monstruo fué bello; el perro bicéfalo y lanceolado á quien venció Herakles; el Dragón muerto por Cadmo; la Hidra, la Gorgona, la Quimera ignivoma, toda esa fauna fabulosa ornamentaba graciosamente las negras cráteras y las hydrias rojizas. La Esfinge, quizás por su bestial femini-



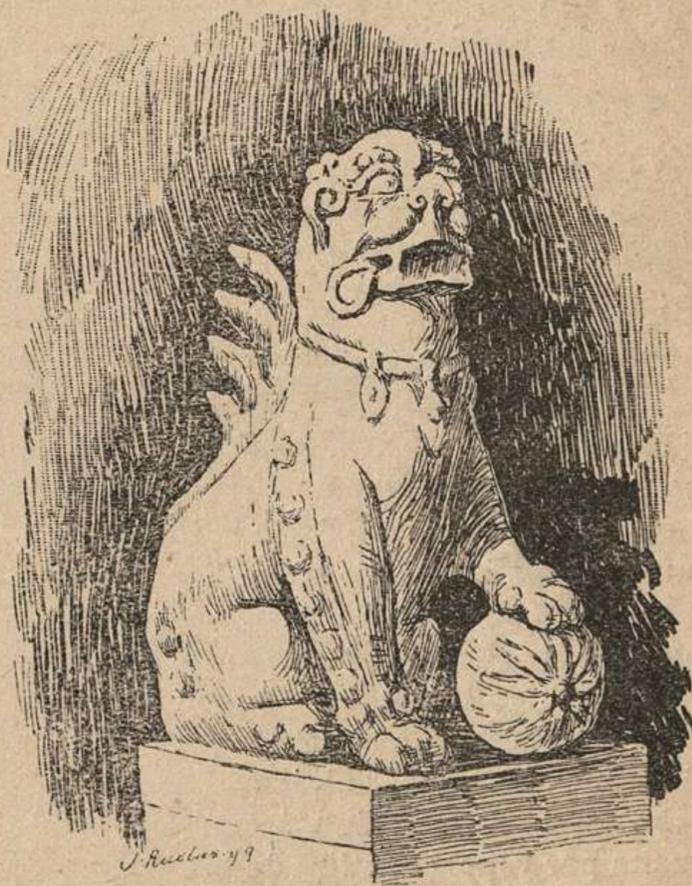
dad, por su misterio interrogante y por su crueldad implacable detenía un momento nuestra atención. La veíamos arrastrarse como una pantera, erigiendo sus senos de hetaira y de un zarpazo derribar al inepto que no lograba desflorar el himen de su misterio hermético.... Dejábamos atrás ese montón de osamentas blanqueadas por el sol africano y llegábamos á la Edad Media.

Los monasterios y las catedrales estaban ceñidos por un bestiario de pesadilla y de terror. El Dragón tenía fauces de saurio y su espina dorsal era una sucesión de garfios óseos; sus garras tenían uñas retráctiles como las del tigre, membranas interdigitales como las aves marinas, y su cauda era formidable como la de un escorpión gigantesco. Luego venían seres bastardos, antropomorfos, semi-humanos y bestiales. Se diría que eran los productos mestizos de una «menagerie» en brama; de los caimanes cubriendo á las yeguas húmedas; de las hircas aparejadas con los galápagos; del pithón fecundando al avestruz, del águila anudada con el lobo, esos eran los monstruos inauditos esculpidos en la Edad Media, engendros y concepciones de los urentes

arrebatos de las bestias, de las locuras genésicas animales....

Tras de los anónimos artifices de los tiempos medios llegan algunos que como beluarios conducen al monstruo. Son Esteban Lochner, Martín Schongauer, Jerónimo Bosch, los Breughel, Callot y Goya, en fin! En las planchas sombrías y humosas de los «Caprichos» ó de los «Proverbios» volvíamos á encontrar al monstruo....

No era ya el monstruo épico ó hierático de los Indus ó de los Asirios, ni el ornamental mito griego, ni el monstruo exclusivamente zoológico que balbucía los símbolos del infierno cristiano en los tiempos medios. El monstruo de Goya dejaba las comarcas plásticas para comenzar á internarse en el terreno psíquico. Ahí las monstruosidades se afirman por un complemento hermoso, como en la plancha en que la maja enamorada le arranca los dientes al ahorcado para hacerse un invencible talismán de amor; como la plancha titulada: «Linda maestra,» en que la monstruosidad resulta de las carnalidades llenas y redondas de la bruja neófita que cabalga en la misma escoba que la diabólica vieja iniciadora, de carnes lacias y rugosas.



Y luego de Goya los japoneses y el monstruo Nipón gesticulante y colérico, el león búdico, el perro de Corea y el Dragón escamoso y serpentino, erizado de púas, colgando lacios tentáculos, con zarpas de hiena, ojos incrustados al fin de un pedúnculo; algo como un hijo del pterodáctilo y el plesiosauro del terreno plioceno.... Después las imaginaciones obscenas y terroríficas de Utamaro y las larvas y los espectros de Okusaï! La aparición de Kasañé asesinada, á su marido, la mujer macrocéfala, de boca hendida, donde se ve á «la carne que se va y al gusano que llega, la «cabellera enmarañada y el único ojo como un fanal inmenso, fijo, ciclopeo! «El Fantasma de Okikú,» una larva de vientre distendido, flotando en la bruma, envuelto en los negros festones de su cabellera, como un sauz llorón,

su rostro que todavía no es un cráneo y el fulgor electral y aperlado que la envuelve!

Y las monstruosas imaginaciones eróticas de Utamaro? Sería escabroso describirlas aquí. Huysmans las califica de «espantosas y admirables»; Edmundo de Goncourt las tiene por maravillosas; Roger Marx emplea seis páginas en la descripción de una sola plancha....

\* \* \*

Volvíamos de la Misa Negra.

El hermano pálido, el *alter ego* de las fantasías

crepusculares, concluía su plática sobre el monstruo y exclamaba envolviendo en un *obi* de suntuoso brocado el álbum japonés:

—Ya no hay monstruos en la vida moderna, en la vida plástica cuando menos; pero en el mundo moral existimos larvas de monstruos, tendremos alas cuando sobrevenga el *super hombre*, y entretanto nuestro estado medio, nuestra crisálida será algo así como el «Horla» de Maupassant....

Abril—1899.

JOSÉ JUAN TABLADA.

## EL AVE MEROPS.

AL POETA GEORGES RODENBACH.

### LAS SOMBRAS.

*Third app....*

....Macbeth shal never vanquish'd be until  
Great Birnam wood to high Dusinane hill  
Shall come against him:

*Macbeth.*

—That will never be:  
Who can impress the forest, bid the tree  
Unfix his earth-bond rout?  
Swet bodements! good!  
Rehellion's head rise never till the wood  
Of Birnam rise, and our high plaid Macbeth  
Shall live the lease of nature, pay his breath  
To time and mortal custom....

SHAK ACT IV., SC I. MACBETH.

### PRELUDIO.

Mi alma, toda de blanco, cantaba en la tiniebla  
Como un gran Cisne diáfano circuido de Terrores,  
Y al eco de su canto rasgábase la niebla  
En un deshojamiento titánico de flores.

Entonaba los salmos del Ensueño que invoca  
Los profundos silencios, los callados estigmas,  
Y los maravillosos Sésamos con que toca  
Aladino las puertas de inviolados enigmas.

Absorta en los lejanos alcázares de Ensueño  
Flotaba en la corriente de plácidos delirios  
Envuelta por vapores sutiles de beleño,  
Como una Ofelia exangüe sobre un lecho de lirios.

En la orquesta invisible del alma—¡dulce orquesta!—  
Cuán inefable música vibran los corazones!  
Cantan como infinitas aves de una floresta  
Las penas, las quimeras y las desolaciones.

Murmuran los violines de amores ideales,  
Gimen trémulas arpas de ilusiones perdidas,  
Redoblan los rencores de fúnebres timbales  
Y hablan los violoncellos de ansias indefinidas.

Todo enmudece en torno del himno alucinante,  
Del gran concierto mudo que el corazón levanta;  
Pero al fulgor de un astro fabuloso y distante  
Despiértase una Alondra que aletea y que canta.

Una alondra intangible como los Papemores  
Que en el vago crepúsculo miró volar Moréas,  
Por un jardín extraño de enigmas y de flores  
Y de perfumes raros, sutiles como Ideas.

Alumbrando el camino de las Sombras, la Luna  
Vuelca su luz enferma sobre la encrucijada,  
Y trémulos sudarios surgen de la laguna  
Que un viento malo agita como una selva helada.

Danzan los fuegos fatuos de tumbas ilusorias  
En una danza loca, macábrica y silente;  
Como siguiendo el ritmo de esfumadas memorias  
Danzan los fuegos fatuos melancólicamente.

Esas sombras sin rumbo, van marchando sin ruido,  
Arrastrando en la bruma de sus mantos el fleco—  
Sus alas taciturnas producen un gemido  
Que se apaga en el fondo del ámbito sin eco:

#### PRIMERA SOMBRA:

—Yo soy el alma errante de pérfidas quimeras.

#### SEGUNDA SOMBRA:

—Yo soy el hondo espíritu oculto de las cosas.

#### TERCERA SOMBRA:

—Yo soy el muerto aroma de antiguas primaveras.

#### CUARTA SOMBRA:

—Soy el fantasma triste de las difuntas rosas.

#### QUINTA SOMBRA:

—En mí palpita el último suspiro de Cordelia

#### SEXTA SOMBRA:

—En Macbeth soy Espanto....

#### SÉPTIMA SOMBRA:

—En Lear soy Locura

#### OCTAVA SOMBRA:

—Yo soy el lirio intacto que coronaba á Ofelia.

#### NOVENA SOMBRA:

—Yo vago en los desiertos del Odio y la Amargura.

#### DÉCIMA SOMBRA:

—Yo cultivo en la tumba los mustios Asfodelos.

## UNDÉCIMA SOMBRA:

—La espina es en mi flanco cilicio voluptuoso.

## DUODÉCIMA SOMBRA:

--Yo busco las estrellas que expiran en los cielos.

## CORO DE SOMBRAS:

La muerte es un enorme palacio silencioso,  
Con grandes avenidas pobladas de misterios  
Y con ventanas altas que acechan el reposo  
De Thulés sepulcrales y blancos cementerios.

## EL AVE AUGUR.

Sil.... Yo conozco el Ave Mérops.... A la distancia  
La ví cruzar el vago crepúsculo violeta:  
Volaba con un vuelo sutil de nigromancia  
Trazando en la indecisa penumbra su silueta.

La fui siguiendo un día; la sigo todavía,  
La sigo hace treinta años por sendas de Misterio;  
Oigo, á veces, que canta dentro del alma mía  
Con voz indefinible de magia y de salterio.

Vuela con las dos alas tendidas hacia abajo,  
Con dos alas minúsculas de amatista y de rosa,  
Su cuerpo no es más grande que el de un escarabajo  
Y tiene diez mil ojos, como una mariposa.

Asciende con la cola desplegada hacia arriba,  
Su cola diminuta parece una esmeralda;  
Recuerdo que al hallarla por primera vez iba  
Volando inversamente, y al sol daba la espalda.

¿Fué acaso el invisible pájaro de Etiopía  
Que bajo las palmeras de Axúm, mientras soñaba,  
Perfumó con el nardo de la melancolía  
El alma misteriosa de la reina de Saba?...

Tiene siete colores, como los arcoiris,  
Su voz á quien la escucha presagia el infortunio,  
Y como los ancianos sacerdotes de Osiris  
Canta al mediar la noche de cada plenilunio.

## AGONIAS DE LA LUZ.

Aquella tarde el cielo estaba melancólico.  
Con el aire doliente de viejo cenobita,—  
Y mi alma fué en la curva de un vuelo parabólico  
Siguiendo al Ave Mérops con obsesión maldita.

Era triste la hora como el regocimiento  
De dos vidas que hiere de un golpe el infortunio;  
Y temblaban las hojas con el presentimiento  
De apariciones vagas en las noches de Junio.

Sobre la desolada margen de turbio río  
Como petrificado, mostraba el esqueleto  
De los desnudos troncos, vasto pinar sombrío,  
Que reflejaba el río con un temor secreto.

Las alas de los negros vampiros sigilosos  
Pasaban agitando callados abanicos—  
Y la penumbra hendían los buhos misteriosos  
De acadabrantes formas y terebrantes picos.

Hablábase los bosques en un lenguaje extraño.  
Lenguaje de silencios y de rumores mudos,  
En aquel día triste, inmemorial, de un año  
Lleno de angustias hondas y cataclismos rudos.

Avanzaba el crepúsculo cubriendo el horizonte;  
Se diseñaba el lento desfile de las Horas,  
Y en ráfagas llegaban del apartado monte  
Los cánticos guerreros de razas insavoras.

Sobre el desierto mudo que alzábase en Ocaso  
Iban las nubes lentas como las caravanas  
Donde los dromedarios se alejan, paso á paso,  
En una perspectiva de arenas africanas.

Fantásticos Oasis brotaban á lo lejos—  
Un bosquecillo esbelto de palma y sicomoro  
Calcaba su silueta graciosa entre reflejos  
Movibles y difusos de mil estanques de oro.

Bruma sutil de mantos de serafines, luego,—  
Que un viento grave hacía girar en espirales—  
Arrastraba sus orlas de púrpura y de fuego  
En los indefinidos palacios siderales.

Una irrupción aérea de blandos tonos lilas  
Llegó, cual un cortejo de vírgenes errantes,  
Con luz fosforescente y extraña en las pupilas,  
Y en el cabello, azules turquesas vacilantes.

La noche sobre el mundo lentamente caía  
Como el plumaje obscuro de una águila cansada,  
Y allá, sobre las cumbres estériles, abría  
La Luna su redonda pupila ensangrentada.

## EL CANTO DEL HOMBRE.

Los fuertes Hombres Rojos de músculos de acero  
Que habitan en los flancos de estériles montañas,  
Lanzaban el rugido de su pean guerrero  
Y en su cubil temblaron las foscas alimañas.

—«Muerte á la Selva Virgen.... A la Selva traidora...  
Muerte á la Selva antigua de cincuenta mil años...  
A la Selva enemiga, que crece y nos devora,  
Que los gnomos habitan y los duendes huraños!

«Muerte á la Selva. Muerte! Muerte á la Selva  
(obscura;

Muerte á los gigantescos árboles carcomidos  
Que cual ingentes monstruos se pierden en la altura  
Y clavan en la tierra sus garfios retorcidos!

«Muerte á la Selva enorme.... A la selva asesina;  
Selva que se desliza como negra serpiente  
Y tendiendo sus múltiples tentáculos camina  
Braceando en las tinieblas, indefinidamente!»

Así cantan los Hombres de músculos de acero,  
Los fuertes Hombres Rojos, que habitan la Montaña:  
Y escuchando el rugido de su pean guerrero  
Los árboles se agitan con inquietud extraña.

## EL HIMNO DE LA SELVA.

Alza la Selva enorme sus lúgubres penachos—  
Que ni calcinan rayos, ni doblan huracanes—  
Como de ásperos montes en los recios picachos  
Un ejército erguido de curiosos Titanes.

La Tierra esclava nutre su bárbaro apetito;  
Extiende las raíces á sus entrañas hondas,  
Y á los treinta y dos vientos, como pulpo infinito,  
Dirige las elásticas tenazas de sus frondas.

En el febril espasmo de Floras monstruosas,  
En el desbordamiento de la savia profusa,  
Los Árboles retuercen sus ramas lujuriosas  
Como desmelenadas cabezas de Medusa.

La Selva es como piélago sembrado de bajeles,  
Bajeles taciturnos anclados en la bruma:  
La Noche impenetrable comienza en sus dinteles  
Cual fosca pesadilla que al pensamiento abruma.

A veces, las tinieblas exhalan sus lamentos,  
Sus trágicos lamentos de cosa incomprendida—

Y pasan cabalgando Walkyrias en los vientos  
Sobre la desgredada Selva despavorida.

En sus cien mil clarines soplan las tempestades  
Las oberturas magnas de sus roncadas orquestas,  
Y va el acorde unísono á herir las soledades  
Donde duerme el silencio de las mudas florestas.

Cantan los grandes árboles en el silencio augusto  
De la profunda selva, con voces nunca oídas,—  
Cantan los grandes árboles un canto tan adusto  
Cual las imprecaciones de razas perseguidas.

—«Somos—dicen—los negros atalayas del Viento;  
Nuestras musculaturas endurecen los siglos;  
Sobre nosotros tiende su comba el firmamento  
Y engendran nuestras nupcias legiones de Vestiglos.

«Al huracán abrimos nuestros ferrados gonces;  
La Tempestad nos dicta su lúgubre mensaje;  
El Trueno choca, al vernos, sus resonantes bronce  
Y nos doma el relámpago, como á potro salvaje.

«Nuestro enemigo, el Hombre, vive tan sólo un día  
Y ni la huella imprime sobre la tierra helada.  
El vengador gusano prolonga su agonía  
En el dintel obscuro que se abre ante la Nada...»

#### APOTEOSIS.

Bajaron de la cumbre los fuertes Hombres Rojos  
En la embriaguez extraña de su pean guerrero,  
Frenéticos blandiendo con bárbaros enojos  
El filo amenazante de sus hachas de acero.

Los fuertes Hombres Rojos bajaron las laderas  
Desplegando en el aire sangrientos oriflamas,  
Y en sus cascos, rojizas y flexibles cimbras  
Cual las plumas ardientes de un pájaro de llamas.

Por los valles profundos resonaba su canto  
Dilatándose en ondas de salvaje armonía—  
Y asombrado el abismo devolvió con espanto  
El rumor de aquel canto, cual una letanía.

Bajaron de la cumbre, como tropel hirsuto  
De embravecidos leones, sedientos de pelea,  
Y los miró acercarse la gran Selva de luto  
Como serpiente inmóvil que al pájaro olfatea.

Reinó breve silencio... después un himno bronco  
Que estremeció, á lo lejos, la fúnebre llanura.  
Y luego—en formidable dilatamiento—el ronco  
Tronar de cien mil hachas hiriendo la espesura.

Bajo el opaco cielo las hojas se crispaban  
Como rabiosos dedos que una garganta oprimen,—  
Semejantes á lívidas manos que estrangulaban  
Los cuellos enemigos, atávicas del crimen.

Bajo el mórbido cielo sus horcas extendían  
Las lianas proteiformes; los troncos apretaron  
Sus nudosas falanges; los árboles crujían  
Y cual un haz de flechas las ramas se agitaron...

Caricia silenciosa de pulpos infinitos—  
La Selva, abrió sus largos brazos tentaculares—  
Y crujieron las vértebras de los hombres malditos  
Con rumores siniestros de tronchados pinares...

Tragedia de los siglos... Tragedia tenebrosa:  
Del Hombre y de la Selva combate encarnizado:  
Vociferante el Hombre,—la selva silenciosa,  
Allá... sobre los limbos oscuros del Pasado.

Triunfó la Selva enorme,—la Selva vengadora,  
Y cubrió las llanuras... y llegó al pie del monte:  
Hermana del Silencio, marchaba aterradora  
Con alas de vampiro rodeando el horizonte.

Y una bandada inmensa de cuervos taciturnos,  
En ancho semicírculo, tendió pesado el vuelo—  
Cual fugitivo enjambre de terrores nocturnos—  
Con rumbo á los lejanos países de otro cielo.

La vieron alejarse camino de Occidente  
Los árboles adustos, los árboles perplejos,  
Moviendo la cabeza melancólicamente  
Con el isocronismo de los fakires viejos.

Indolente y morosa, la Noche, descendía  
Deshojando sus negros lirios de abandonada—  
Y, sobre las montañas estériles abría  
La luna su redonda pupila fatigada.

En el sitio más hondo de la muda Floresta,  
Profetizando al Hombre mil años de infortunio,  
Cantaba el Ave Mérops una canción funesta  
Bajo el opalescente fulgor del plenilunio.

LEOPOLDO DÍAZ.

## Del Libro 1º en preparación "Lógica."

### TOMO SEGUNDO.

#### TERCERA PARTE.—NOCIOTECNIA.

##### PRELIMINARES.

Designo con este nombre la parte de lógica destinada á reglamentar las operaciones lógicas, su carácter es esencialmente práctico, como lo indica la etimología del nombre que la designa, derivado de dos palabras griegas: *quosis*, conocimiento y *tecne*, arte.

Los fundamentos teóricos de la nociotecnia se encuentran en las dos primeras partes de esta obra, de preferencia en la primera en que hemos procurado incluir los primeros principios, ya subjetivos, ya objetivos.

¿Qué debe entenderse por operaciones lógicas? ¿Cuántas y cuáles son éstas? A la primera pregunta podría contestarse diciendo: que operaciones lógicas son aquellas que tienden á elaborar el conocimiento. El empleo de la palabra operación, indicaría desde luego el carácter activo ó práctico del influjo intelectual; pero toda acción tiene por móvil un propósito, toda operación tiene por coronamiento un fin realizado. Ahora bien: ¿cuál es el propósito que nos anima al ejecutar las operaciones lógicas? ¿cuál es el fin que habremos de realizar después de haberlas ejecutado?

Salta á la vista que la palabra elaboración no indica con la precisión debida el propósito ó fin, fundamento necesario de toda intervención práctica. Elaborar un conocimiento no es en rigor más que coordinarlo, disponerlo de cierta manera, prepararlo, en una palabra; pero mientras no se diga con qué fin se coordina, á qué efecto se dispone, para qué se prepara, no se ha dicho nada significativo en realidad.

Para dar este complemento necesario á la definición de las operaciones lógicas remontémonos á mayor altura, y, recordando algo de lo que asentamos en la nociología, y uniéndolo á otras conside-

raciones, preguntémosnos: ¿cuáles son los grandes fines para cuya realización se coordina el conocimiento?

Este se resuelve en representaciones, ya efectivas, ya simbólicas de la realidad, que se resuelven á su vez en semejanzas y diferencias. El conocimiento puede ser simple ó coordinado. Ahora bien, el hombre coordina sus conocimientos con alguno de estos dos grandes fines: ó con el de copiar ó reproducir la realidad, embelleciéndola, de suerte que esas copias ó reproducciones susciten la emoción estética en el que las contemple; ó con el fin de adquirir de esa realidad un conocimiento efectivo que nos permita modificarla conforme á nuestros deseos.

El primero de estos fines caracteriza al arte en la acepción estética de la palabra; el segundo caracteriza á la ciencia. Se concibe que la coordinación de las operaciones lógicas se propone el segundo fin, pues, aunque hablando en rigor, en las producciones estéticas debe reinar cierta coherencia, cierta unidad, cierta armonía, ciertas proporciones, cierta lógica, en fin, pues sería inaceptable una obra de arte, si de ella podía decirse con Horacio: *Desinit in piscen*; pues aunque el grande autor de la Epístola á los Pisones se refería en esta su célebre frase sólo á las bellas letras, el concepto envuelto en ella puede generalizarse á todas las obras de arte, pues significa nada menos la unidad fundamental que en ellas debe reinar. Pues bien, á pesar de esto la coordinación de conocimientos que la obra de arte supone es diversa de la que se propone la obra de ciencia. El arte persigue lo bello y la ciencia lo verdadero. El arte emplea los medios intelectuales como uno de sus recursos, pudiendo usar también y usando de hecho medios puramente emocionales; en tanto que la ciencia no emplea más que los primeros; ó lo que es lo mismo, el arte excita las emociones, la ciencia las reprime y prescinde en absoluto de ellas.

Este brevísimo paralelo entre el arte y la ciencia, ha tenido por objeto conducirnos á la determinación del fin que la ciencia se propone al elaborar el conocimiento; se podrá, pues, decir: que la elaboración del conocimiento en la ciencia consiste en la coordinación ó preparación de éste, para llevarnos al conocimiento de lo verdadero.

Esta fórmula, aunque precisa, es todavía poco clara; lo verdadero consiste en la correspondencia exacta entre el sujeto y el objeto del conocimiento, entre las ideas de las cosas y las cosas; lo verdadero es, pues, una relación entre dos términos; tratemos de sustituir este concepto por otro, expresado explícitamente por un solo término.

Las cosas no pueden ser conocidas en sí mismas, sólo las conocemos en sus relaciones y damos el nombre de leyes ó uniformidades de la naturaleza á las relaciones que uniformemente existen entre las cosas, y que hemos comprobado debidamente. Calificar, pues, de ley de la naturaleza una relación equivale á calificarla de verdadera. Se puede, pues, decir, mejorando la expresión del concepto en precisión y en claridad, que la ciencia investiga las leyes de la naturaleza, en lugar de decir que investiga lo verdadero.

Terminado este no pequeño rodeo, podemos llegar á la definición de las operaciones lógicas, y decir: que son aquellas que elaboran el conocimiento con el propósito de determinar las leyes de la naturaleza.

Resuelta la cuestión de saber qué son operaciones lógicas, nos falta averiguar cuántas y cuáles son éstas, es decir, nos falta enumerarlas y denominarlas. Para llegar á este fin sigamos dos caminos convergentes: en el primero tomemos como modelo una operación intelectual, en que lleguemos á determinar el efecto de una ley natural en un caso dado, y analizando esta operación, procuremos averiguar las operaciones más simples que la componen; en el segundo, examinemos las investigaciones científicas en conjunto y procuremos señalar las operaciones elementales que las constituyen. La parte concordante de ambos medios será el fruto maduro de nuestra tarea.

Si introduzco el termómetro centígrado en alcohol y marca una temperatura de cero, infiero, que si el recipiente que contiene el alcohol contuviera agua destilada, ésta se hubiera congelado. La operación intelectual que he ejecutado es una inferencia, pues de un hecho conocido y presente á mis sentidos, he inferido un hecho que no se ha realizado ante mis ojos; de la temperatura del alcohol he inferido el cambio de estado que el agua destilada hubiera experimentado, sujetándola á la misma temperatura; esta inferencia va de lo particular á lo particular, pues le sirve de punto de partida un hecho particular, y tiene por término otro hecho particular también. Pero entre el hecho particular de que parto y el hecho, también particular á que llego, existe un intermedio forzoso sin cuya garantía no puedo terminar la operación.

Este intermedio forzoso, no es ya un hecho particular, sino una proposición general que expresa la asociación constante de dos hechos, el paso del estado líquido al sólido y cierta temperatura susceptible de medirse con exactitud. Todos los líquidos se congelan á cierta temperatura, invariable para cada uno, he aquí la proposición general que ha servido á mi espíritu de tránsito para pasar del hecho particular, que estuvo bajo el dominio de mi observación, al hecho particular que no lo estuvo.

Pero esta proposición general no pudo haberse formado inmediatamente, surgiendo formulada de la sola contemplación de un hecho aislado. Necesitó á su vez de una operación intermedia que sirviera de escala, por decirlo así, entre ella y los hechos particulares. Antes de poder afirmar algo relativo al estado líquido; antes de asociar tal ó cual cambio molecular á cierto grado de temperatura, era forzoso haber agrupado los hechos particulares en conceptos generales, haber determinado los caracteres comunes á los cuerpos líquidos, haber precisado lo que ha de entenderse por grado de temperatura.

Aunque nuestro espíritu por propensión innata tienda, como se dijo en la Nociología, á pasar de un hecho particular al otro, se requiere, para el buen éxito de la operación, reprimir esta tendencia, y practicar, entre los hechos extremos, operaciones intermedias; estas operaciones son de carácter gene-

ral, por lo cual llevan el nombre de generalizaciones; la primera en el orden en que conforme á su mutuo enlace, deben efectuarse, tiene por objeto enlazar en un concepto común los hechos del mismo género; en la segunda se enlazan distintos géneros de hechos. La primera de estas operaciones ha sido designada con diferentes nombres; el que nos parece más propio para el caso, es el de generalización simple. La segunda, ó generalización inductiva, se designa más brevemente con el nombre de inducción.

Para llegar al hecho particular, remate y término de la operación, sólo se requiere ya aplicar á este caso particular la proposición general. Esto último cierra el ciclo de la inferencia, y constituye una operación lógica, de suma importancia, llamada deducción.

En resolución, el análisis de una operación intelectual cualquiera, completa porque se parte de un hecho observado y se termina infiriendo otro hecho, la descompone en las siguientes operaciones lógicas: la generalización simple, la generalización inductiva ó inducción, la aplicación deductiva ó deducción.

Al mismo resultado llegaremos si examinamos en conjunto las operaciones científicas. En una ciencia cualquiera, hay una parte destinada á agrupar los hechos en géneros, cuya extensión coincida con el punto de vista de esa ciencia; esta parte da á conocer las nociones respectivas de ese ramo del saber, esas nociones se obtienen ejecutando la operación que hemos denominado generalización simple. Hay otra parte aún que contiene las leyes naturales relativas á los fenómenos correspondientes, esas leyes se han obtenido por inducción; hay, por último, un tercer grupo de resultados científicos, alcanzados aplicando á casos particulares las leyes ó proposiciones generales, y estos resultados particulares se han obtenido por deducción.

Ninguna otra operación intelectual distinta de estas tres puede señalarse en la labor científica, lo que prueba que nuestra enumeración es completa. Estas operaciones reproducen la labor científica integralmente, luego nuestra enumeración es total. Estas mismas operaciones se excluyen entre sí, pues la generalización simple, preámbulo forzoso de la inducción, no es la misma inducción, y por otra parte ambas generalizaciones, aunque preliminares de la deducción, no se confunden con ella, luego nuestra enumeración no es redundante.

Podemos, pues, resolver la cuestión propuesta más arriba: ¿cuántas y cuáles son las operaciones lógicas? Son tres, á saber: la generalización simple, la inducción y la deducción.

La nociotecnia, para estudiar estas operaciones de un modo completo, debe considerarlas primero en sí mismas, con independencia las unas de las otras, considerando el alcance, condiciones y reglas peculiares á cada una de ellas. Tal estudio constituye la nociotecnia analítica.

Terminado este estudio, hay que considerar después estas mismas operaciones en conjunto, en el enlace efectivo que les han dado las diferentes ciencias constituidas, estudio tal da nacimiento á la nociotecnia sintética ó metodología.

En resumen, la nociotecnia es la parte de la lógica que estudia las operaciones lógicas.

Son operaciones lógicas los actos del entendimiento que elaboran el conocimiento, para determinar las leyes ó uniformidades de la naturaleza.

Las operaciones lógicas forman dos grupos: el primero está formado por operaciones de generalización, en que los hechos se agrupan por medio de nociones, ó las nociones se agrupan por medio de leyes. De aquí nacen dos operaciones de carácter sucesivo: la generalización simple, que nos conduce á la formación de nociones, y la inducción, que nos lleva de las nociones á las leyes.

El segundo grupo de las operaciones lógicas, es de carácter aplicativo ó interpretativo, pues siempre consiste en extender á un caso nuevo una proposición general, consiste en una operación, siempre fundamentalmente la misma, llamada deducción.

La nociotecnia se divide en dos partes: la analítica que estudia por separado las operaciones lógicas, y la sintética ó metodología que las estudia en conjunto.

PORFIRIO PARRA.

## EPINICIO DE LA MUERTE.

Sobre la faz estéril de la tierra maldita,  
donde al soplo del tiempo la vida se ha extinguido,  
la Muerte—la gran Reina—como un Fakir medita  
cabe un arco de triunfo que le erigió el Olvido.

Es una tarde pálida. Cual gigantesco osario,  
la serranía eleva sus cumbres pavorosas,  
y el sol, con luz muy triste, más triste que un sudario,  
alarga inmensamente la sombra de las cosas.

Y la Muerte medita. Su actitud es siniestra.  
Sus ojos—dos cavernas—ven los montes remotos;  
apoya en la ancha frente un dedo de su diestra,  
y muestra sus mandíbulas, cual dos teclados rotos.

Mas de pronto se irgue. En sus manos se mira  
una lira, y en sus dedos, al crisparse instantáneos,  
alzan macabros ritmos de esa fúnebre lira,  
de esa lira formada con marfil de los cráneos.....

\* \* \*

.... "El Tiempo, el Mal, la Guerra asoladora,  
mis cómplices.... ¡ya todos han caído!  
Sólo yo me levanto vencedora  
en connubio inmortal con el olvido."

"Yo soy el negro Arcángel homicida,  
la soberana de la tierra inerte.  
Ya triunfé de la Vida.  
Soy la Verdad eterna: soy la Muerte!"

"Fuí el ángel de la lucha legendaria:  
combati contra todos los vestiglos,  
y de hoy más en la tierra solitaria  
reinaré por los siglos de los siglos."

\*\*

Así cantó la Muerte. Rodó sobre los montes un eco desolado de tristeza infinita, y la noche invadiendo los flavos horizontes, cubrió la faz estéril de la tierra maldita.

LIBORIO CRESPO.

## VUELO DE NUBES.

STRATUS.

Allá van, allá vuelan, veloces cual parvadas de alas: alas pujantes de albatros de remo nervudo, alas languidescentes de garzas reales de vuelo lento, alas de mariposas microscópicas y luminosamente arcoirizadas, alas líricas y horribles de acroterios quiméricos, alas de apis tardos de teogónica mirada apacible y misteriosa, alas heráldicas de oriflamados leones persas, alas membranosas y torpes de vampiro sanguinario y macabro, alas tremendas y espantosas de Luzbel y Azraël, alas divinamente bellas de Gabriel y Baraquiel, alas equinas de hipocentauros unicornios y piafantes, alas de sierpes terciarias de vuelo rasante y demoniaco, alas vividas y resplandecientes de pez volador, alas negras inauditas y devastadoras de tifón, alas enfermas de soñador neurótico, alas que fingen parvadas quiméricas de deseos, multitud innúmera de alas, de alas....

CUMULUS.

Allá van, allá vuelan, tardías y siniestras cual pavorosos hacinamientos: hacinamientos de selvas indostánicas abrasadas en una fabulosa hoguera, hacinamientos de escuadras bombardeadoras y humeantes, hacinamientos de monstruos fantásticos de los océanos siderales, hacinamientos de hullas encandecidas donde se forjan las centellas, hacinamientos de espejismos de ciudades perdidas: Ninive, Carnak, Baalbek, Ur, hacinamientos de ruinas, de devastaciones, de cataclismos, de negruras, de horrores, de pavorizaciones, de desastres, hacinamientos, espantosos hacinamientos, aterradores hacinamientos....

CIRRUS.

Allá van, allá vuelan, radiantes como emblemas gloriosos: gloriosos arcos de triunfo bajo cuya arcada ha de salir Febo en su cuadriga voladora de pegasos olímpicos, gloriosas palmas ecuatoriales que atraviesan el zenit é inclinan sus hojas desmayadas sobre las regiones boreales y australes, gloriosas bandas consteladas de estrellas y semejantes á vía-lácteas ó á nevados collares de toison de oro, gloriosos mechones leonados de la real capa carlovingia del cielo, gloriosa ramazón lila de la sacerdotal capa pluvial morada del cielo, gloriosa panoplia estriada de reflejos argentinos de alfanjes y yataganes moros, gloriosa y apocalíptica visión de palmas de gloria, de palmas de Parascève, de palmas triunfales de Sión, de palmas de entrada

triumfal en Jerusalem, de palmas de gloria, de jerosolimitanas palmas de gloria....

NIMBUS.

Allá van, allá vuelan, semejantes á aureolas de paganas desnudeces nimbadas: nimbadas caderas rotundas de las Pléyades, nimbado vientre fecundo y sacro de Venus Sidérea, nimbada cabeza augusta y serena de Astrea, nimbada cabellera de áurea lluvia de amor de Berenice, nimbada anca disparada del flechador Sagitario, nimbada cabeza horrible de la Medusa de Perseo, nimbados escorzos de mujeres, nimbados muslos de divinas y blancas mujeres, nimbados torsos de celestiales y fabulosas mujeres, echadas sobre los ondas azules del cielo en yacimientos de Venus Egea, esperezadas en las regiones azules como soñolientas dormidas que despertaran de un sueño antiguo, de un sueño de bacantes locas y danzadoras fatigadas, de escorzas mujeres espasmódicas, de celestes mujeres desnudas, de impúdicas mujeres desnudas, de oceánicas mujeres desnudas, de sirenas y huries, desnudas, desnudas, desnudas....

Allá van, allá vuelan, y en la esplendorosidad de la tarde que muere, echado sobre los prados de Junio, sigo su vuelo de flamencos rosados, de garzas blancas, de grullas negras, sigo el vuelo de las nubes color de cuarzo, color de salmón, color de ascua de oro, color de concha-nácar, color violeta y ámbar, color indigo y perla, color de cobres ardientes, de oros licuados, de pavonamientos acerados, de sangre ardiente y vívida, de nieve inmaculada y esplendorosa....

Y pienso y sueño: ¿qué es la vida comparada con ese vuelo de nubes? ¿qué son nuestros deseos, nuestras ambiciones, nuestras divinas miserias, nuestras caídas de cada día, caídas de Jesús en el vía-cruce de la vida, comparadas con ese vesperama grandioso que vuela más alto que las torres alzadas por los hombres, que vuela más alto que las montañas empequeñecidas por los hombres?

Mi melancolía enferma está en ese vuelo de nubes, mi doliente mal atávico está en ese visionario vuelo de nubes, mi languidez apasionada está en ese peregrino vuelo de nubes.... y yo siento que es inútil meditar en los extravíos humanos, que es inútil ahondar las miserias humanas para echarnos al rostro lo que todos sabemos, lo que todos ocultamos, lo que todos escondemos con vergüenza y rubor, nuestros males, nuestras manchas, nuestros extravíos y nuestras iniquidades....

¿Para qué?..... La eterna poesía vuela en ese vuelo de nubes, la divina y espléndida poesía va por el cielo en raudo vuelo, y despliega ante mis ojos el abanico de haces de oro del ocaso y me refresca y me sonríe, y me consuela y me perdona y acoge piajosa mi juventud claudicante, mi juventud moribunda, mi juventud hastiada y agostada....

La soberana poesía fulgura en ese paisaje celeste, fulgura y fulmina su anatema sobre los diseccionadores que se ceban en la carne muerta, que no estudian sino cadáveres de almas, que no se levantan sino para rondar carroñas á la altura de las aves negras.... que vuelan torpemente abajo de esas nubes....

La soberana poesía está en la vaguedad del ensueño, en la música del idioma, en la esplendidez de la frase, en el soberano orgullo de la aristocracia del arte, en encumbrarse sobre las miserias de la vida y seguir ese augusto y prodigioso vuelo de nubes....!

RUBÉN M. CAMPOS.

## DEL CABALLETE.

INDOLENTE.

La tarde. El remanso oculto por un cortinaje de espesas frondas. Bulle el agua en remolinos de cristal agitando las arenas de oro, y oscila en el fondo un pedazo de cielo azul, desgarrado por el tejido de las ramas. Sobre el blando yerbazal—colchón verde—está tendida una muchacha. Ciñe su cabeza redonda un pañuelo rojo, hecho nudo en la nuca. Dos rizos tupidos de cabello negro caen sobre su frente. Su camisa floja y abierta, tapa y no tapa un seno duro, capullo de la virginidad. Sus brazos, ligeramente sombreados por finísimo bello, son macizos. La enaguilla en desorden calca la amplitud combada de la cadera y deja al aire los pies descalzos y el principio de una pantorrilla desnuda. Sus pies son delgados, de un color de rosa diluido, con la planta lisa y el talón redondo. Su pantorrilla firme y fina, nerviosa con elegancia, se ensancha en una línea curva, harmónica, que se pierde entre los pliegues revueltos de la enagua.—La hierba, con sus barbitas vellosas, cosquillea los pies de la muchacha: ella se estremece, frota uno con otro sus tobillos, y ríe de voluptuosidad. Al reír, asoma sus dientes frescos y brillantes como el granizo. Las luces del cielo, atravesando el tamiz de las frondas, extienden un reflejo verde—delicado toque de pincel apenas teñido—en sus grandes ojos claros, perversos en su inocencia. Una ráfaga fría hace temblar las hojas y encarruja el cristal del remanso: la muchacha cruza sus brazos sobre el seno, encoge las piernas, y para darse calor—acurrucada—se pone á rodar sobre el colchón verde.

LA OFRENDA.

Vivientes resplandores de una mañana primaveral. Un haz de luz, saltando de la alta ventana á través de los vidrios de colores, cae sobre las baldosas del templo, tendiendo en ellas un tapiz de iris movedizos. En su capelo diáfano, la Virgen, de cara bondadosa y casi sonriente, envuelta en toca negra su cabellera, con los ojos abiertos en vidriosa inmovilidad, ostenta un vestido amplio, tupido de lentejuelas de oro y plata, como un jirón de cielo estrellado. Una niña frágil, con la fragilidad de las porcelanas preciosas, vestida de inmaculada, se acerca pronta y alegre á depositar su búcaro rebozante de azahares. Dos trenzas trigueñas bajan hasta su cintura, anudadas en su extremidad por un listón. Su frente descubierta es ancha, correctamente curva. En su boca color de grosella, una

sonrisa de placer. Tropiézase en las gradas del altar, y el búcaro rueda—roto—desparramando en el mármol un chorro de botones y de pétalos. La niña se inmoviliza y clava una mirada de angustia en la perdida ofrenda de su amor. Después, cuando levanta la cara lívida á la Virgen, están lustras de llanto sus pupilas tristes, negras como la obsidiana.

JESÚS URUETA.

## PLENILUNIO EROTICO.

Como deja el Sahib á la Odalisca  
Después de haberla amado—  
Inerte y sin color en los divanes  
Del sombrío serrallo—  
Aquel sol de las tardes estivales,  
En que envuelve en el oro de sus rayos  
A la flor y á la virgen, el que besa  
El seno y el nectario,  
Y llega á la penumbra de los parques  
Como furtivo Sátiro  
Para besar la desnudez olimpica  
De las diosas de mármol;  
Aquel sol de las tardes del estío  
De sus caricias de mujer cansado  
Dejó á la Luna, pálida y tendida  
En el lecho de sombras del espacio.....

De la vencida Luna

La noche es el boudoir capitoneado;  
Cuelgan los terciopelos de la sombra  
Profundos y enlutados  
Y mientras van cayendo las estrellas  
Como lluvia de flores en el tálamo  
La Luna exhala tibios y calientes  
Perfumes de mujer en el espacio  
Después.....  
—¡Amada mía,  
No interrumpas las notas de mi canto  
Y deja que te cuenten mis estrofas  
Las magníficas nupcias de los astros....!  
¡Oh Amada! musa de pasión! los versos  
Desmayan en tu trémulo regazo,  
Deshojadas están las margaritas  
Y se inclinan los lirios en sus tallos....  
Deja que caiga el polen de mis besos  
En las húmedas rosas de tus labios!  
Desmaya soñolienta la pupila  
De la luz en el globo de alabastro,  
Se avivan los aromas de tu cuerpo  
En el ambiente cálido....  
Tú tienes la belleza de la Luna  
Y yo el fuego del Sol.... Tras de mi canto  
quiero verte rendida y desmayada  
En tu lecho de negro palisandro,  
Como el sol de las tardes estivales  
De áureas caricias y de besos cálidos,  
Dejó á la blanca Luna  
En el lecho de sombras del espacio!

Marzo—1899.

JOSÉ JUAN TABLADA.

## EL ESTABLO.

## I

Cuando hubo el príncipe Asterio cumplido veinte años resolvió casarse, y comunicó á sus ministros su real deseo, es decir, su voluntad. Respetuosamente se admiraron, recordándole que ya estaba comprometido, desde la edad de doce años, con una princesa muy pequeñita entonces, pero que ya prometía ser más hermosa que un sol, y á la cual las hadas habían pronosticado una fortuna digna de Semíramis. Pero el príncipe Asterio respondió que él tenía veinte años y la princesa ocho apenas, y que no se esperaría, para amar, el florecimiento de esa incomparable niña.

Entonces los ministros, inclinándose, protestaron:

—Príncipe, bastaría una señal vuestra para que todas las beldades del reino, y aun nuestras propias mujeres é hijas, entraran en vuestro lecho...

—Estoy cansado de vuestras hijas y mujeres, dijo el príncipe; estoy cansado de las siervas de mi reino; quiero una mujer para esposa, para no conocer sino á ella. Quiero que al abrir la puerta de su estancia me sonría como una compañera y no como una esclava. . . . . Esto será una gran economía para el Estado, prosiguió el príncipe Asterio con severa entonación, porque vosotros me habéis costado caro, señores, y la piel de vuestras progenitoras no valía ni el brocado con que las he vestido, ni los ducados con que llené vuestros bolsillos; en cuanto á vuestras mujeres. . . . . ya no tengo quince años!

Los ministros se miraron, y temiendo perder sus empleos y sus condecoraciones, se callaron.

—He aquí lo que he decidido: se publicará un edicto, convocando á mi palacio á todas las jóvenes de mi edad, ricas ó pobres, nobles ó villanas; y á medida que lleguen se les pasará por todas partes, se las mostrará todas las maravillas de mis tesoros, se las servirá los manjares más exquisitos, se las hará oír las más dulces músicas, y, por último, se las hará elegir, para pasar la noche, entre la suntuosidad de un lecho real y el lecho de paja en que durmió el niño Jesús.

—Pocas habrá en el establo, observó el primer ministro.

—Probablemente, replicó el príncipe Asterio.

## II

El edicto fué publicado, y las vírgenes peregrinas fueron hacia la mansión del príncipe. Las unas llegaban acompañadas de sus familias, amigos, servidores y todos los que, confiados en la belleza de la postulante, esperaban, por su servivialidad, hacer méritos para obtener favores futuros; otras llegaban solas, fuertes en su pureza y suficientemente protegidas por tal escudo; ó bien lujuriosas y aun cortesanas, pensando cautivar al príncipe por su osadía ó por su ciencia y prontas á subir de escalón en escalón hasta el trono.

Acudían unas y otras y se las trataba como á reinas posibles; todas eran recibidas por igual, con las

atenciones más minuciosas, aunque, no obstante, las más ricas ó las más hermosas, y, desde luego, las que tenían el doble don de la riqueza y de la hermosura encontraban una acogida más oficiosa. Se las ofrecía las más olorosas flores y las confituras más perfumadas; y las más cómodas y adornadas cámaras del palacio les eran indicadas por los chambelanes.

Como lo habían previsto los ministros del príncipe Asterio, ninguna de estas hermosas eligió el establo y lecho de paja de avena: al ofrecimiento de dormir entre las buenas vacas y las dulces palmeras, todas se echaban á reír, creyendo que era broma agradable, y pensaban: «Señor, ¡qué gracia tienen en la corte!»

## III

Entre tanto, todos los días, minutos antes de media noche, el príncipe Asterio disfrazado de vaquero—pero un vaquero de noble elegancia—iba solo al establo. En una mano llevaba un largo bastón de fresno y en la otra una pobre linterna sorda, de vidrios empañados. Calzado de zuecos estercolados, salía por una puerta secreta con el menor ruido posible, y firmemente, se internaba por los senderos oscuros que conducían á la quinta á buena distancia de su palacio. Allá llevaban en coches á las jóvenes pretendientes, mientras que el príncipe á pie por entre el lodo, como un pobre labriego que vuelve á su hogar, iba pensando.

Pensaba que quizás se encontraría agazapada bajo la paja fresca, al ángel de corazón humilde y de ojos puros que el cielo *debía* enviarle, la niña adorable que hubiera comprendido que la pobreza es el camino de la exaltación y que para llegar al lecho del rey, es necesario pasar por la puerta del establo.

Mas siempre encontraba el establo vacío y en vano rondaba el recinto con el largo bastón de fresno, alumbrando con la linterna todos los rincones. Nada veía, nada hallaba, excepto las buenas terneras, que dormían tranquilamente. Las acariciaba, quedaba allí un instante humeando el aire tibio y almizclado; después salía, y dejando caer el pestillo, volvía tristemente á emprender su camino, entraba á su palacio y se acostaba afligido por el orgullo de las vírgenes.

## IV

Y entonces sucedió que una pastora que hacía apacentar sus ovejas bastante lejos de allí y lejos de toda villa, oyó hablar del edicto. Tenía veinte años y se creía bonita; pero, aunque su corazón era puro, su cuerpo estaba mancillado. Los pastores del país lo usaban familiarmente y ella era tan bondadosa que no lo rehusaba á ninguno, por pobre ó no que fuese. De modo que su reputación era muy mala y las mujeres excitaban á los chicos á que le arrojaran piedras y la llamaran indecente.

*Ils m'ont appelée vilaine  
Avec mes sabots, dondaine.  
Ils m'ont appelée vilaine.*

Sin embargo, se puso en marcha. Puesto que el edicto aseguraba á todas aquellas que fueran al

palacio, viveres y hasta una mula para hacer el trayecto, ella se dijo que era una ocasión para ver algo nuevo, y luego ¿quién sabe? Si no cautivaba al príncipe, gustaría quizás á algún señor, que le daría una moneda de oro para alfileres.

Así, pues, se puso en camino.

Sus amigos, los pastores, la habían prevenido que vería cosas maravillosas, cosas como no las hay en la luna, ni en el imperio de los Antípodas; pero todo lo que se había imaginado fué menos de lo que vió, puesto que su imaginación era tan pobre como su pobre saya de pastora. Creyó enfermarse con la suavidad de los perfumes y de los almizcles y le hicieron comer confituras tan delicadas que temió no volver á encontrar jamás el sabor de las pimpinelas y de las fresas del bosque.

Los chambelanes le mostraron la cámara que se le destinaba: era la menos hermosa de todo el palacio, pero su luz era aún bastante seductora; los muros estaban cubiertos por tapicerías en las que jugaban unicornios, y sobre el piso, formado por un minucioso mosaico, se amontonaban vellones de cabras azules más blandos que almohadones de musgo y alfombras de hojas secas. El lecho era de madera dorada, las cortinas de seda cambiante, y todo ello ancho, alto, profundo como la sombra y como el silencio de una selva otoñal.

Ya gozaba con el pensamiento de dormir entre tales riquezas, cuando los chambelanes agregaron, empleando un tono incomprensiblemente irónico:

—Ahora vamos á mostraros una estancia más hermosa aún que ésta quizás.

—Y vos elegiréis.

Una carroza esperaba. Entraron en ella y bien pronto estuvieron en la quinta.

—Aquí es, dijeron los chambelanes; es un establo.

La pastora entró en él, y las terneras que rumiaban, volvieron las cabezas como para saludarla. Las acarició, les dió nombres, mientras las buenos animales alargaban los morros y abrian sus grandes ojos llenos de dulzura.

Y bien, me quedo, exclamó la pastora, después de haber dado una vuelta; la otra cámara es linda, pero, en verdad ésta es más linda aún. ¡Y qué bien voy á dormir sobre este lecho de paja! Salid y cerrad la puerta; estoy en mi casa. ¡Buenas noches!

## V

El príncipe Asterio estaba desesperado. Treinta veces habíase puesto los zuecos estercolados, había tomado su bastón y encendido su linterna de vidrios empañados; treinta veces había hecho, vanamente, su peregrinación al establo.

—Vamos, se dijo, la trigésima primera noche, iré otra vez más, y si no encuentro á nadie dictaré un nuevo decreto que anulará al primero, y me fastidiaré bastante. Oh, Señor, haz que encuentre á la elegida!

Cerró el pestillo, y, sin entrar, echó al establo una mirada casi distraída. No tenía fe.

Iba á salir sin buscar más, un poco avergonzado de su candor, cuando se movió algo junto al hocico de una vieja vaca colorada, cuya leche le había reconfortado algunas veces. La pastora se alzó con los cabellos rubios llenos de paja rubia; estaba tan

fresca, tan graciosa, tan infantil con sus ojos turbados por la luz, que el príncipe se arrodilló, diciendo:

—¡Tú eres reina!

—Príncipe, replicó la pastora, adivinando la presencia de su señor, ¡oh, príncipe! ¡no he venido para ser reina, no soy nada más que una pobre muchacha y una desgraciada pecadora! Sí, príncipe, una pecadora. No quiero engañaros, soy... soy... una perdida.

Lloraba y gemía tanto, que su pobre bata gastada estalló bajo el esfuerzo de los sollozos, dejando ver dos redondeces cándidas y tímidas, mientras que el príncipe la besaba la mano, repitiendo simplemente:

—¡Tú eres reina, tú eres reina, tú eres reina!

REMY DE GOURMONT.

## FLORES DE TUMBA.

¡Oh mi Reina! En las horas de amorosos excesos  
Desfloré en las falanges de tus manos cloróticas  
Los capullos sin mancha de mis rimas eróticas  
Al sonoro contacto de mis tímidos besos;  
Hoy, que el viento se inflama en las noches caóticas  
Con el fósforo impuro de tus áridos huesos,  
Del naufragio de mi alma sólo quedan ilesos  
Tus recuerdos—fragantes como flores exóticas.  
¡Oh, mi Reina de antaño, que caíste vencida  
Por la Eterna Implacable! Hoy florece mi vida  
Como un árbol roído por monstruosos gusanos;  
¡Quiera el Bien que no lleguen á tu frente dormida  
Ni los roncos acordes de mi voz maldecida  
Ni el perfume salvaje de mis versos malsanos!

## SOPLO DE EROS.

Me parece á menudo que en mi vida sombría  
En una época absurda, que el pasado ya empaña,  
Una esposa del Cristo, para todos huraña,  
Se entregaba á mis besos con insana alegría.  
¿Cuándo fué? ¿No fué nunca? ¿Mi memoria me en-  
(gaña?

¡No lo sé; pero siempre que la vida me hastía  
La ficción deliciosa de aquella época extraña  
Vigoriza mi espíritu y le presta energía!  
Porque sé que en mi vida de infinita amargura  
Solamente esa imagen de mujer me procura  
La euforia deliciosa de un ensueño inefable  
Cuando sueño con ella, que á mi lado temblaba  
Llena de hondos temores y en su seno albergaba  
Junto al Cristo sagrado, mi cabeza culpable....

ANTENOR LESCANO.

## MIS LECTURAS EN VIAJE.

UN NEO-MÍSTICO.

H. F. AMIEL.

I

Fais le testament de la pensée  
et de ton cœur, c'est tu peux faire  
de plus utile.—Amiel.

(Journal, 3.—V.—1849).

No sé jugar; beber disgusta á mi estómago infeliz; las mujeres, fascinadoras y amargas como la muerte, han secado mi corazón y mi cerebro... ¿qué hacer, en largas horas nocturnas de hotel, sino meditar las melancólicas y delectables páginas de mis libros favoritos?

Uno de estos, poco conocido, poco leído porque no es novela de aventuras galantes, ni periódico de información á la moderna, sino diario íntimo llevado durante setenta años, por un espíritu exquisito y delicado; diario que llamaría gustoso «El Breviario del joven finisecular,» hace menos solitaria y amarga mi peregrinación por hoteles de segundo orden y por cuartos, que no tienen, ni en los que dejo, un solo recuerdo que pueda impresionar mi alma errante, inquieta y descontenta.

Los biógrafos que yo conozco de H. F. Amiel no fijan la fecha exacta de su nacimiento, dicen solamente que tenía 28 años en 1849 y que en esa época «volvía de Alemania á Ginebra abrumado de erudición y de ciencia, pero soportando ligera y agradablemente el peso de su saber. Simpático, de agradable y chispeante conversación, sin que maneras pedantescas y afectadas borrasen la primera impresión que producía, joven y listo para la lucha, todo hacía creer que Amiel entrase de lleno y sin dificultades á la conquista de la vida.

Parecía que el porvenir le abría sus puertas de par en par, sus amigos y hasta sus enemigos, creían contemplar en él al que por sus hermosos viajes por Europa y por sus largos y brillantes estudios debería dar grande gloria á su ciudad natal.»

Esas frases de su grande admirador, íntimo amigo y prologuista, lo hacen interesante desde luego, y ¡cómo no hacerlo! cuando es el tipo más caracterizado de los descontentos sin ideales definidos y sin creencias firmes que formamos la generación moderna.

A los treinta años Amiel obtiene por el procedimiento que en México llamamos oposición, una cátedra de estética en la Academia de Ginebra y esa cátedra que fué para él un triunfo, no dejó de ser también fuente de amarguras. Completamente ajeno á la política militante y sin darle gran importancia á las luchas intestinas de su país, aceptó, espíritu superior y sin prejuicios, el empleo que el nuevo gobierno le ofrecía; esto hizo que la sociedad culta de su país natal, y en general todos aquellos en quienes pudiera haber encontrado amigos, le desdeñasen y despreciasen á él que había nacido para el amor y la amistad.

En 1854 cambió la cátedra de estética por la de

filosofía, y parece que ni en una ni en otra cátedra, dejó buenos recuerdos ni huellas profundas.

No era, según sus críticos, digna de ser apreciada por mozalvetes la sutileza de su pensamiento. Las cátedras académicas exigen que las ideas se presenten en forma concreta, que el maestro se adhiera más á la materia del curso que al organismo de la ciencia y á la substancia más que al sistema, y Amiel ofrecía á sus discípulos así, como ofrece á sus lectores, un esqueleto de doctrina más bien que una doctrina misma.

Sus críticos siguen diciendo que á eso atribuyen el poco éxito de sus escritos, que existe una inmensa desproporción entre el mérito del escritor y el valor del trabajo; dicen que el artífice es tan sabio como hábil, que demuestra grandes conocimientos de su arte y que sin embargo los resultados desencantan. Las causas primitivas de su infecundidad las reconocerá quien lea su diario con detenimiento y atención.

Al hablar de sus versos dice su eminente crítico Edmundo Sherer: «Se esfuerza en vencer dificultades de metro y de rima, se entrega á prodigios de paciencia, cincela el metal como un florentino y el marfil como un hijo del celeste imperio, y todo para escapar á las exigencias del verdadero arte, del arte excelso que reconoce, que siente y que ama, pero que no se atreve á abordar porque lo ve infinito y sagrado.»

ALBERTO LEDUC.

## CIRCULAR.

Señor de nuestra consideración y respeto:

En Enero de 1898 los discípulos de Augusto Comte celebraron en París el primer centenario del nacimiento de tan gran filósofo y en tan alta ocasión determinaron llevar á cabo un propósito, que hacía tiempo acariciaban: erigir en una de las plazas de París, el último año del siglo, la estatua de Augusto Comte, del egregio filósofo de Gambetta, en un discurso pronunciado en la Soborna y calificado de muy elocuente, llamó sin hipérbole alguna el pensador más grande del siglo.

Al tomar tal resolución, se acordó también que los gastos que exigiese la ejecución del proyecto se cubriesen por suscripción internacional, y se constituyó al efecto una Junta Directiva, residente en París y presidida por Mr. Pierre Laffite, Director del Positivismo y sucesor de Augusto Comte; esta Junta será auxiliada en sus trabajos por una Comisión internacional de patronato, formada de personas de distintas nacionalidades, que reconozcan en Comte á uno de los pensadores más grande entre los innovadores contemporáneos.

Como miembros mexicanos de la referida Comisión, hemos recibido de Mr. Laffite el encargo de dirigirnos á nuestros compatriotas que reconozcan meritoria la obra de Comte, para comunicarles la resolución acordada, é invitarlos á que contribuyan á su realización con una cuota voluntaria.

Holgara encarecer tal resolución; como vd. lo sabe perfectamente, el nombre de Augusto Comte es universalmente conocido en las naciones de civilización europea y comienza á penetrar en los pueblos de Oriente; la vida de tan insigne filósofo, bajo todos aspectos ilustre, fué una serie de acciones encaminadas al bien de sus semejantes. Personaje así merece toda glorificación, y erigirle una estatua en la populosa y culta París, verdadera metrópoli del Occidente, es apenas comenzar á pagar el cuantioso tributo debido á tan eximia memoria.

Todas las escuelas filosóficas que aspiran á empuñar el cetro del pensamiento humano, reconocen por medio de sus más conspicuos representantes y de sus escritores más notables, los altos merecimientos de Augusto Comte, basados en la grandeza de sus miras, en la sinceridad de sus doctrinas, en las que al preparar el porvenir justificó plenamente el pasado. Gratry, el distinguido padre del Oratorio de París, y que fué discípulo de Augusto Comte en la Escuela Politécnica, al publicar su muy conocida *lógica*, ha dado una muestra de la bienhechora influencia del maestro en la fecunda época de su magisterio. El muy honorable y reverendo Padre Herman Grüber, de la Compañía de Jesús, ha publicado dos volúmenes sobre Comte; el primero se refiere á su vida y el segundo á su doctrina, y ambos son un testimonio elocuentísimo de lo que el maestro valió como hombre y del irresistible prestigio que tienen sus doctrinas en la vida agitada del pensamiento contemporáneo.

Los positivistas franceses, tributando pleito homenaje á la solidaridad humana, han invitado á los hombres de buena voluntad de todas las naciones para que se les asocien en el acto de glorificación que va á consagrarse al ilustre hijo de Montpellier, como un destello pálido de gratitud á sus eminentes servicios sociales, porque la conmemoración de Comte no podía, no debía ser puramente francesa: así como los hombres superiores no sólo deben su genio al medio en que el azar del nacimiento colocó su cuna, tampoco su benéfico influjo se circunscribe á la patria de cada uno, sino que traspasando mezquinas fronteras, se extiende á todas las naciones y sus obras, en lo que tienen de perdurables, son el patrimonio común de la Humanidad.

Hemos debido, pues, apresurarnos á aceptar la invitación con que hemos sido honrados, invitando á nuestra vez á todos los que en la Patria de Juárez y Barreda, encuentren méritos suficientes en el promovedor del culto sistemático de los grandes hombres, para que contribuyan á ofrecerle en una estatua un recuerdo imperecedero de la gratitud debida á su meritoria y gigantesca labor.

Los grandes hombres gozan del privilegio de ser admirados aun por sus mismos adversarios; por eso creemos encontrar admiradores de Comte entre los mexicanos de todas las opiniones; á ellos nos dirigimos, para que, como nosotros, se asocien al público testimonio de gratitud, que va á ser ofrecido al digno compatriota del eminente Descartes.

Hasta los discípulos de Comte que, como Stuart Mill y los adeptos de Littré, se separaron del maestro, y aun lo combatieron, no han dejado de demostrar antes ó después de la muerte del pensador, la

profunda consideración personal que les inspiraron las supremas cualidades de un constructor tan profundo como original.

Al dirigirnos á todos nuestros compatriotas ilustrados, lo hacemos con especialidad á los positivistas mexicanos y á los hijos de la Escuela Preparatoria, que nutrieron su espíritu con las fecundas doctrinas del plantel que, como en sólido y luminoso tripode, descansó en la vasta concepción de Comte, en la capacidad de Barreda y en el vigoroso apoyo de Juárez.

La idea para cuya realización nos permitimos invitar á vd., ha sido acogida favorablemente por los directores del pensamiento europeo, y dos meses después de publicada, contaba con las adhesiones que en nota final se expresan; y como en ella puede verse, su gran variedad y lo que en ella predominan los hombres de ciencia, prueban que á la admiración que á los espíritus elevados inspiran la obra y la vida de Comte, es sincera, espontánea é imposible de reprimir.

\* \* \*

Debiendo remitir á Francia el producto de las suscripciones mexicanas en los primeros días de Junio del presente año, suplicamos á vd. que en caso de aceptar, nos indique la cantidad con que se suscribe, para que antes del 31 de Mayo le sea cobrada por el Sr. Ingeniero D. Agustín Aragón, Tesorero de la Comisión, á quien deberá dirigirse también la correspondencia, 5ª de Carpio 2817, México, D. F.

La lista de los suscritores mexicanos se remitirá á París, con expresión de las correspondientes cuotas, y se publicará en los diarios de mayor circulación de la ciudad de México, así como en la *Revista Occidental* de París.

Ofrecemos á vd., con este motivo, los testimonios de nuestra consideración.

*Manuel Fernández Leal, José Ives Limantour, Porfirio Parra, Justo Sierra, Miguel S. Macedo, Agustín Aragón, Pablo Macedo, Ezequiel A. Chávez, Benito Juárez, Andrés Aldasoro, Miguel E. Schultz, Andrés Almaraz, Horacio Barreda.*

#### LISTA DE ADHESIONES.

Ministros de Estados y Diplomáticos, incluyendo dos primeros Ministros de Francia.....	11
Senadores.....	8
Diputados.....	26
Profesores.....	46
Médicos.....	34
Editores de publicaciones científicas y periodísticas.....	16
Presidentes, oficiales y miembros de Consejos..	18
Presidentes y miembros de Sociedades Científicas.....	16
Jueces, Abogados y Magistrados.....	8
Rectores y Directores de Universidades y Colegios.....	7
Directores, Secretarios y Oficiales de Oficinas Públicas.....	16
Oficiales y Administradores.....	20
Publicistas.....	14
Artistas.....	7
Diversas profesiones.....	60



## FRAGMENTOS.

Bebel.... Vamos! En la llama  
roja del *punch* incandesce  
tu alma medrosa y triste,  
que es la vida buena y breve.  
En el cristal de Bohemia  
de este *Cognac* blondo bebe,  
ó el ópalo del ajeno  
con trémula mano vierte.  
Baco es viejo.... pero es grato....  
no te embriagues de Hipocrene.

Hay más luz en una gota  
glaucá de vino que puede  
verter el sol en el cielo....  
si tienes pesares.... bebe!  
Yo tuve una novia.... yo  
fui su amante.... era de nieve  
mi novia.... ¡mira el topacio  
de este jerez, cuál se enciende!  
No, dije mal, que mi novia  
era de fuego y de nieve.

Me amaba?.... Creo que sí....  
si tienes pesares.... bebe!  
Se murió?.... No se murió,  
pues el recuerdo no muere.  
Yo tuve una novia.... yo,  
una noche.... como un duende  
me deslicé en su jardín  
como la vida ó la muerte.  
Te digo: noche de luna....  
si tienes pesares.... bebe!

Como la muerte.... no, no,  
una noche.... nunca beses....  
Yo conocí un gran tonel  
y fui feliz en su vientre;  
cuando me vieron feliz  
me quisieron diferente;  
las burbujas del *Champagne*  
son las novias de los duendes....  
....¿Te ríes ó lloras?.... ¡Amor!....  
si tienes pesares.... bebe!

Como un amanecer dulce y tranquilo  
su profunda mirada,

en la sombra del amplio peristilo  
del templo se expandió. En la cerrada  
nave sus pasos resonaron lentos;  
y en un confesonario buscó asilo,  
tratando de domar sus pensamientos.  
Voces quebradas por la tos se oían  
diciendo la oración con la premura  
del que quiere abreviar una tarea,  
y sin alas, monótonas, caían  
del misterio supremo en la pavora  
sin ningún sentimiento, ni una idea.  
¿Qué almas eran aquellas?... A sus ojos  
los cirios al arder eran mejores  
ofrendas al Señor. Ella de hinojos  
era un cirio de fervidos amores,  
y sentía en las venas todo el fuego  
de la plegaria suya; y en la llama  
de la fe que la inflama,  
como un incienso, derramó su ruego.

“Oh, Dios! Señor!... le amé, le amo ahora.  
¿Cómo ese cuerpo y esa alma pudo  
tu poder allegar á mi inocencia?...  
Era su voz un canto de la aurora  
y su palabra redoblado escudo  
y espada fulgurante, en tu presencia!  
Tú le diste, Señor, toda su ciencia  
y toda su hermosura,  
y él apuró á tu vista en este vaso  
de mi carne, tremante de deseo,  
el agua de mi amor, límpida y pura,  
y me miraste débil á su paso  
arrojada, Señor, como un trofeo....

Le amé. Le amo aún. Su boca era  
como un cáliz de miel y de amargura;  
su beso, golondrina pasajera,  
con sus alas quemó mis labios rojos,  
le abrigué con mi blonda cabellera  
arrullando su sueño entre mis brazos,  
y me ví en las pupilas de sus ojos,  
espejos de mi amor hechos pedazos.

¿Por qué me abandonó?... A tus altares  
he llegado, Señor, pidiendo calma,  
resignación, ¡oh, Dios! para mi alma,  
olvido al fin.... He derramado á mares  
mi llanto, estérilmente;  
sordo y ciego, Señor, te encuentro.... y triste  
digo llena de fe, con voz doliente:  
Me lo quitaste tú.... Tú me lo diste....  
y como un lirio doblaré la frente.  
Porque quiero su amor entero, entero!  
No su piedad ó efímero capricho,  
oh, Señor! en secreto te lo he dicho,  
en cuerpo y alma; ¡oh, Dios! así le quiero.

¿Qué rumbo lleva ahora por la tierra  
ese espíritu lejos de tu mano,  
arrastrando su ciencia por el lodo?...  
Nada teme, Señor, nada le aterra.  
He lanzado mi nave al Océano,  
dice, y lo vence y lo domeña todo!  
Es ráfaga brutal, y es dulce brisa,  
y hay—interroga á mi alma atribulada—  
mucho de ti, Señor, en su mirada....  
y mucho de Satán, en su sonrisa.

¡Ah! ¿qué vengo á dejar en el secreto  
sacerdotal?... Mi espíritu es un río

que remonta en el cauce su corriente  
 y no tiene en la vida más objeto  
 que ascender hacia Ti; ¡oh, Dios, Dios mio!  
 á difundirse en tu divino ambiente.  
 Si en medio del dolor dudé un instante,  
 nunca, nunca olvidé tu santo nombre,  
 ni blasfemé de tu bondad eterna....  
 y hoy á tus aras llego suplicante,  
 sin que la duda mi conciencia asombre,  
 ....Ayer le ví, al pasar, en la taberna!....  
 él, tan noble! tan sabio! tan discreto!  
 levantaba la voz y se reía....  
 ó lloraba.... no sé.... era lo mismo!....  
 A tu suprema voluntad someto  
 su existencia y la mía;  
 arráncale á las fauces del abismo;  
 vuelve tus ojos á su afán inquieto;  
 y en tu misericordia alza á tus plantas  
 el alma obscurecida de mi amado,  
 mientras yo pongo, roto, ensangrentado,  
 mi corazón, ante sus iras santas!"

JESÚS E. VALENZUELA.



## HEROICA MUERTE.

"Querido hijo:  
 ¡Hágase la voluntad de Nuestro Señor!—Ya habrás comprendido que por fin murió mi hermano Pedro.—Hasta los últimos instantes conservó su alma de cristiano.... y sus postreras palabras fueron para entregarme á María.—Hermana, me dijo trabajosamente.... tú sólo eres su amparo; de hoy en adelante tienes una hija más; ámala y protégela, y cuando Miguel sea médico y vuelva de México hecho un hombre, á quien el Señor premie sus esfuerzos, hazla su esposa.... ya sabes que se quieren y que son dignos el uno de la otra!—¡Bendito sea Dios!.... No quiero que.... Y ya no pudo decir más; tuvo un repentino ataque; un borbotón de sangre brotó de su boca; alzó los ojos inundados de lágrimas para encomendar su alma al Eterno.... y voló al Cielo...."

Ay! hijo mio; ¡figúrate qué no habré padecido, qué inmensa no será mi pena al verme tan pobre, tan reducida en la casita, teniendo que cuidar de la pobre de María, que se ha puesto mala.—Ah! pero no es cosa de cuidado, ya sabes que está delicadita...."

Mi aflicción es por ti que no te puedo mandar tu mesada por tanto gasto.... pero para poder hacerlo voy á hipotecar la huerta.... pronto te mandaré algo...."

Seguían luego tiernas palabras y amables consejos, en que latía el corazón todo amor de una madre dolorida por la ausencia del hijo adorado.

Y cuando el estudiante hubo leído aquella carta por la tercera vez, empapándola en sus lágrimas, apoyó la amplia frente en el borde de la mesita en que estudiaba la *Anatomía* poco antes de que la

subiera el portero, absorbiéndose en dolorosa meditación.

¡El buen tío, padre de su amada María, había muerto, dejando á la huérfana en la casa de la anciana hermana de su padre!... ¿Qué haría ésta tan pobre, que apenas podía vivir sola con una antigua sirviente en una casita en la Cañada, cerca de Querétaro, cuidando una huerta de limas y ahucates, que sólo producía veinte ó treinta pesos al mes, de los que mandaba la mitad á su hijo? ¿Cómo seguir viviendo con aquella joven huérfana, tan delicada y enferma, que tantos cuidados y medicinas necesitaba?... Bien comprendió Miguel la angustia de su pobre madre, tan miserable y sola, abandonada en aquel pueblo alejado de la ciudad, viviendo casi selváticamente bajo el alto y obscuro follaje de los ahucates, como en el fondo de un bosque... de aquel pequeño bosque—único patrimonio—de cuyos fondos vivía. ¡Hipotecar aquella huerta!... No; sería perderla para siempre por una suma irrisoria. Además, aquello le parecía ingrato, cruel, infame, como si se tratara de una persona querida. Aquel delicioso rincón, fresco y perfumado, con algo de bosque y de jardín, antiquísima heredad que cultivaban de padres á hijos desde tiempo inmemorial en su familia, no debía venderse nunca, nunca!

Y Miguel evocó un mundo de recuerdos... toda su infancia juguetona desfilando en la Cañada, á la fresca orilla de las aguas cristalinas, cerca del manantial, á la sombra paradisiaca de los magníficos árboles cuyas frutas sabrosas robaban los pillines en ajenas huertas... los días calurosos pasados en eterno baño en las ondas de los estanques ó en pleno ambiente bajo el cielo de cristal azul en la corriente del río, descansando, de nadar, sobre las rocas bruñidas y redondas de los ribazos... saltando desnudos y bulliciosos, *guerreando* con guijarros y *chinitas*, alejándose en correrías interminables hasta llegar bajo la curva aérea de atrevido vuelo de los inmensos arcos del Acueducto que lleva el agua á Querétaro, para regresar luego en bandada al río donde se arrojaban braceando ágilmente al coro alegre de endiablada gritería...

Oh! la Cañada con sus huertas floridas en apretados ramilletes, eternamente regados por las aguas del río y los manantiales, dominadas por el rumor de los molinos y el trinar de las aves, perfumada y tranquila con su eterna primavera y la eterna caricia de la luz de su cielo de cristal azul... Oh! la Cañada! Y era en aquel paraíso que visitan con placer las honradas y patriarcales familias de Querétaro para bañarse en sus estanques deliciosos y comer á la sombra de sus árboles, bajo las que se improvisan *columpios* en que se mecen, lanzando gritos agudos de pajaritos asustados, las muchachas, sonrosadas, frescas, lindísimas, atadas las orlas de los zagalejos á los tobillos con los *rebozos*, impulsándolas en mágico vuelo los jóvenes, mientras las buenas señoras conversan, serias, severas casi, de los viejos tiempos en que aún no se corrompían las costumbres ni había ferrocarriles; era en aquella Cañada tradicional, legendaria y pintoresca, donde poseían una huertecita, sacra heredad de sus abuelos desde lejanas épocas... ¡Y venderla!... ¡Nun-

ca!—¿Y luego para qué? Vamos á ver. ¡Para que me manden dinero á mí! ¡A mí, que todavía no produzco nada, y si he hecho gastar tanto á mi difunto padre y á mi viejecita; á mí, que todavía no he ganado un centavo en toda mi vida!... ¡Nunca; jamás!—exclamó Miguel en voz alta, levantándose de su silla... Y, pensativo, empezó á recorrer el reducido y destartado cuarto, apenas amueblado con un catre de tijera, cubierto con una frazada de hospital, una silla, una mesa sin pintar, atestada de libros y un baúl viejo; clavos de que colgaban el jaquet, la levita y un sombrero fieltro.

Por fin, se decidió, y sentándose se puso á escribir una larga carta, muy sentida y poética, no obstante su sinceridad, porque Miguel, aunque de talento y constancia en la diaria labor, hacía versos, bonitos versos á la antigua, románticos, quejumbrosos, muy ingenuos... ¡Pobre Miguel!

¡La primera vez que se los publicaron en un periódico tuvo que pagar un peso...!

Entre otras cosas decía en su carta:

“¡Hipotecar la huerta, mamacita! ¿Pero, Dios mío, qué te pasó? ¿Cómo pudiste escribir semejante cosa, tal sacrilegio, tan nefanda idea?... Oh! no; por la memoria de mi buen padre te ruego que jamás vuelvas á pensar en ese crimen... ¡Nunca; lo oyes?... Ya no me mandes dinero; gracias á Dios ya no lo necesito... Hace tres días conseguí una plaza de practicante en el Hospital de San Andrés y, además, en las noches escribo un formulario á un médico de fama... total, treinta pesos... más de lo que me enviabas... hasta voy á mandarme hacer un traje negro y un sombrero boleado como el que usa Antonio. A propósito, no se te ocurra recibir nada de ese orgulloso rico, que por desgracia es nuestro pariente... si va de visita no le *hagas mieles*... yo sé lo que te digo... Ay, mamá! cuando pienso que empezó á enamorar á María... esa blancura de azucena, ese perfume, esa luz que ilumina el fin hacia que marchó, esa radiante y gloriosa bandera bajo cuya pompa combato...”

Y la tirada lírica se desarrollaba aún durante dos caras de papel, ponderando á su María...

Miguel faltaba heroicamente á la verdad: no era cierto que hubiese conseguido tal plaza de practicante, ni escribiera semejante formulario... La mentira era ingenua... ¿*Practicante* con sueldo, cuando apenas estudiaba el primer año de medicina? ¿Redactar formularios?... Algún tiempo faltaba para poder ganarse él mismo la vida de ese modo; pero era preciso tranquilizar á la pobre viejecita; ya vería cómo se las arreglaba... Y puso la carta en el Correo, regresando con el alma henchida de orgullo, glorioso como un general que acaba de ganar una batalla y se dispone á ganar otras con la absoluta convicción de la victoria.

Su plan le pareció sencillo, matemáticamente infalible: iría á cualquier periódico, se encargaría con el Director y le diría tranquilamente:—Señor, soy estudiante, pero como no tengo con qué sostenerme, quiero escribir en su acreditado y justiciero diario... Sé escribir en verso y en prosa, naturalmente, pues tengo empezada una novelita que se llama “Dolores de un corazón apasionado,” que le he de leer á vd... A ver cuánto puede darme de

sueldo—y como no había de ser exigente, se arreglarían... y él seguiría estudiando con un poquito más de quehacer.

Pronto la realidad fatal le abofeteó de la manera más terrible.

En las redacciones, cuando lo recibían los pobres diablos de gacetilleros, era para burlarse de él ó humillarlo... Lloró de rabia, de impotencia, desengañado al fin, comprendiendo vagamente que á aquel mundo nuevo, de falsedades, convencionalismo, y aparato nuevo, no se entraba con el alma blanca, pura y alta como la suya, sino que había de transigirse, de humillarse, sonreír sin asomar el colmillo, pronto á devorar las piltrafas que dejan caer las cunas.

Topó con un joven repórter que había sido estudiante, pero que incapaz de orden y talento, vagabundeaba por Belem, las Comisarias y el Palacio de Justicia, cazando noticias que, convenientemente exageradas, le pagaban en un periódico de información. Era entonces cuando se despertaba esa fiebre de noticierismo y escándalo, que tan bien aprovecharon los fabricantes de substancia cerebral humana... El de aquel periódico ante quien llevó el repórter á Miguel, vió en éste una buena inteligencia que explotar, y al efecto lo aprovechó como traductor de periódicos ingleses y franceses.

Fué un constante trabajo bárbaro, miserablemente retribuido. Todo el día lo pasaba en la Redacción confeccionando supuestas correspondencias especiales del Extranjero para el bien informado periódico; y en las noches, cuando salía abrumado y con las espaldas doloridas, tembloroso de hambre, su único descanso era la media hora de la cena en un fonducho de barrio... Y luego á fuerza de café sobreexcitaba sus pobres nervios fatigados, para emprender la más alta y fina labor del estudio de los textos de Medicina, muchas veces hasta la madrugada, sorprendiéndole el alba fría, hasta empalidecer la llama de su lámpara... Y apenas dormía unas cuatro horas... partía al Hospital, desayunándose en un tendajo cualquiera un vaso de leche con un pan de á centavo... Salía del Hospital y á la Redacción, donde casi siempre era recibido agriamente por el Director, que le decía, sin contestar el saludo del joven:

—Oigame, amigo, ya le he dicho que venga más temprano... Los *cajistas* están sin trabajo, el periódico atrasadísimo...

¡Y ganaba veinte pesos al mes!

¡Pero qué fruición, qué íntima delicia que saboreaba con refinada y lenta voluptuosidad cuando llegaban todos los domingos las cartas de Querétaro, una de su santa viejecita, otra de su adorada María, la prometida para cuando fuese médico y el Señor premiara las batallas y esfuerzos de su brava existencia de obstinado adalid heroico!

Naturalmente á la quinta ó sexta lectura quedaban las cartas en su cerebro, con tal exactitud de detalles, que en las noches, en sueños, solía ver el gráfico desfile de las líneas, cuerpos adorados que llevaban á su espíritu el alma del amor con que habían sido escritas bajo el obscuro follaje, tal vez, de los copudos *ahuacates* de la sagrada huerta de sus abuelos!

Pero cuando la alegría llegaba á la demencia en el valiente estudiante, era en los meses felices en que daban fruto los benditos árboles, y con cualquier viajero, amigo, le remitían las amadas mujeres *canastitas*, rebasando aquellas, limas frescas y dulces, de regios gajos de cristal claro, formados de prismas repletos de jugo, limas amarillas, redondas, engalanadas aún con la pompa de algunas hojas verdes; y negros y ovoides *ahuacates* de largo cuello carnosos y suave, provocativos con el negro mate de su cáscara finísima, que al levantarse mostraba la pulpa verde oscura; espléndidas granadas entreabiertas, con sonrisas de púrpura imperial que al desgajarse desgranaban rubies, y enormes chirimoyas, fruta de regalo... Oh! sabrosa y amada fruta de la huerta de sus padres! de la heredad bendita, más adorada y deliciosa por ser cogida por las manos virginales de su novia; de cuánta luz, de cuánta felicidad llenaban el estrecho cuarto del estudiante que no se atrevía á probarla, sino mesurada, voluptuosa, religiosamente, saboreándola gajo á gajo con estremecimientos sensuales de fanático y de idólatra, paladeando la pulpa de las hostias consagradas... Oh! sabrosa y amada fruta de la huerta de sus abuelos!

\* \* \*

Dos años transcurrieron, tristes y fecundos, en dolorosos contratiempos, en miserias ocultas en la vivienda de Miguel... y sobre todo, lo más trágico para su corazón fué el no poder ir á pasar las vacaciones á Querétaro, á su linda Cañada natal, para besar la frente de la madre que le llamaba, y la mano siquiera de su novia, que le decía que lo amaba como siempre y con él soñaba delirante... ¡Imposible!... ¿Cómo ir sin un centavo, cómo abandonar la redacción? ¡Imposible!... Y nada, que tuvo que contentarse con seguir comunicándose por medio de cartas más y más tiernas... empeñándose él en continuar sus estudios á través de tantas miserias y adversidad, cada día más decidido á vencer al *Destino*, en el obstinado duelo en que se sentía superior por su audacia, inteligencia, actividad y salud... ¡Vencería!... Ya, ya muy pronto iba á ser practicante... á estar desahogado; entonces el alba del triunfo alumbraría la noche de su desgracia, hasta que llegase la Aurora y fuese de Día...!

No lo quiso así el sombrío adversario impalpable con quien luchaba tan bruscamente... no lo quiso así el *Destino*... las fuerzas ocultas que se lo oponían, ó como quiera llamársele á todo lo adverso de la vida, no lo quiso así, porque una noche de lluvia fría, al salir violentamente de la Redacción después de un trabajo de dos horas ante los *quinqués*, sin abrigarse, llegó á su cuarto tiritando y herido por un dolor de espalda terrible.

Como un rayo lo formidó la pulmonía... Guardaba, para ir en las últimas vacaciones á Querétaro, unos treinta y cinco pesos; la portera los tomó para pagar médico y medicinas, según su deseo; pero agotado el dinero, aún tuvo fuerza para escribir al Director del periódico. ¡Le mandó cinco pesos, advirtiéndole que serían los últimos; él no era hospital

si ya no trabajaba, ¿por qué había de mandarle sumas y sumas?—¡Los pobres que enferman al hospital!

Mas si el editor pensaba tan inicuaente, hubo el *corrector de pruebas*, el *regente* y dos *cajistas*, que se cuotizaron para auxiliar al digno D. Miguelito en su enfermedad, avisando á su familia de la Cañada, en Querétaro.—El, en horas de expansión, les charlaba de su huerta y aun les obsequiaba fruta.—Aquellos buenos artesanos le querían sinceramente.

Dos dias después, á media noche, espiraba Miguel, asistido sólo por un compañero de estudios, un joven practicante que cerró piadosamente los ojos del desventurado y heroico adalid, que sucumbía bajo la aureola de una gloria suprema y desconocida, murmurando poco antes del postrer estremecimiento:

—¡Dile á mamacita que nunca, nunca, venda la huerta.... y á María, ah!.... que confieso mi pecado; que Antonio es un buen chico; que se case con él.... pero que se acuerde de mí....

Murió.... Al día siguiente, desolada, levantando al cielo los brazos seniles, entraba la viejecita, que cayó de rodillas sollozando ante el cadáver piadosamente iluminado por un gran cirio....

—¡Hijito!.... ¡Hijito!.... Y así permaneció todo el día orando, orando sin cesar.

Lleváronse el cadáver, y cuando ella alzó el rostro vió al joven estudiante que intentaba consolarla, en pie, á su lado, y que le dijo:

—Señora, sus últimas palabras fueron: "que no venda nunca la huerta, nunca!"

—Ah! hijo de mi corazón; oh! Señor! y yo que la vendí en una miseria para venir á verlo y salvarlo!

HERIBERTO FRÍAS.

## EL VIEJO FAUNO.

Después de haber vivido muchas vidas y muerto muchas muertes, apasionóse el decrepito fauno de una pucela pensativa, robóla á su tribu, luego de robarla, amóla intensamente en su caverna y fué feliz muchos meses, muchos meses.

La muchacha murió de languidez en el invierno, murió de languidez en el invierno, como un lirio de oro que se marchitase al caer en su nectario un grumo de nieve desprendido de la luna, el fauno entonces, herido por el sufrimiento de contemplar vacío su tálamo, permaneció solitario y triste en la gruta donde había perecido su amada, permaneció solitario y triste, muchos meses, muchos meses.

Un luminoso día de pastorales, el sol llovió polvos de fuego por las junturas de las peñas, balaron mansamente las ovejas, gimieron las cañuelas de Pan en el campo de narcisos, y un pitirrojo poeta,

ensayó eróticas trovas desde los rosales florecidos, glosando con su trino monoritmico el tremor de la voz argentina de las fuentes....

Sintió el fauno un sensual entusiasmo, un lírico entusiasmo de juventud que sacudía su primitiva lujuria ante la irresistible primavera, y sin combatir ese deseo, pensando sólo en carne de ninfa, en carne impoluta y tibia, se lanzó á vagar por las campañas, humeante la nariz, alerta el ojo é inquieto el rabo, hollando con sus pies hendidos el cuerpo frágil de las azucenas y las cerúleas corolas de esas viudas, las campánulas....

Caminó muchas horas, y cuando las últimas llamas diurnas, se inflamaron en tropel desesperado, tras las mayas de las hojas, imitando sobre el abrupto espinazo de los montes, luminosas erupciones de volcanes, vió surgir, tremulenta y agitada, una ninfa, una ninfa llena de gracia y de sonrisas rubias, una ninfa que avanzaba cautelosa tocando con sus pies como pálidas magnolias el húmedo vello de la grama....

La persiguió tenaz en su fuga desolada, y cuando le hubo dado alcance, amóla con ímpetus de púber, mientras en lo alto, en su jira funambúlica, la impertérrita Astarté, se abismaba á lo más negro del espacio.

.... Enmedio del espasmo veló la testa bicorne del fauno una parda nébula de sueño que apagó la fulgurante lumbre de sus pupilas verdes, cual denso crespón luctuoso apagara los fulgores de un orto solar embravecido en cien canículas....

Despertó en su tálamo de tréboles y mentas, oprimiendo entre sus brazos un esqueleto de oro, un esqueleto de oro como deben ser los esqueletos de las diosas y las reinas, un esqueleto de oro de musicales vértebras, un esqueleto de oro que tenía una calavera de oro, una calavera de oro.... una calavera de oro....

El esqueleto habló:

—Yo soy la blonda pucela que desfloraste sin piedad ¡oh perverso! la misma cuyo cuerpo sensitivo y balsámico empapaste en el licor cabrió que exhalaba tu torso velludo, la misma cuya frágil pelvis destrozaste con uror faunático en tu lecho de tréboles y mentas, en tu lecho siniestro y cruel, como un altar de sacrificios, yo soy la humilde pucela que convertida en trágico símbolo vengo á saciar tu avaricia de amor con la caricia de mis besos retráctiles y amargos, la pobre pucela que viene á torturarte con el áureo y constrictor abrazo de sus huesos de oro, con su abrazo de oro, largo, definitivo y áspero, como el de las cuerdas de las horcas, con su beso frío como el vientre de los sapos y el cuero de las víboras, con su beso gélido y crispante como el filo de las hachas del patíbulo.... yo soy la pucela que imploró angustiada tu perdón ¡oh perverso victimario!

CIRO B. CEBALLOS.

## WALT WHITMAN.

---

En su país de hierro vive el gran viejo,  
Bello como un patriarca sereno y santo.  
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo  
Algo que impera y vence con noble encanto.

Su alma del infinito parece espejo;  
Son sus robustos hombros dignos del manto;  
Y con harpa labrada de un roble añejo,  
Como un *profeta nuevo* canta su canto.

Sacerdote que alienta soplo divino,  
Anuncia en el futuro, tiempo mejor.  
Dice al águila: «¡Vuela!» «¡Boga!» al marino,

Y «¡Trabaja!» al robusto trabajador.  
¡Así va ese poeta, por su camino,  
Con su soberbio rostro de Emperador!

RUBÉN DARÍO.

---

## LA MUERTE DE ANTINOO.

---

A la hora en que el silencio cae, todo perfumado, sobre la agonía de las rosas; á la hora en que el aire azul bate una ala húmeda que humedece los párpados; cuando las arenas de oro cálido muerden la planta crispada con dientes rechinantes; durante esta hora misma en que los hombres cesan de soñar por miedo de abrir los brazos, el emperador Adriano, aquel á quien roe una enfermedad cruel, descendía hacia el río apoyado sobre la espalda desnuda de su favorito.

El Emperador:—Tengo fiebre. Este viento fresco me calmará quizás. Sí, tengo todavía fiebre, y no comprendo la causa. Tú deberías explicármela, tú, dios por mi voluntad, tú, el primero de mis esclavos. Eres dios y yo soy rey, ¿entiendes? Somos iguales. Habla.

Antinoo:—¡Qué bella tarde, Señor!

El Emperador:—Quiero que me respondas.

Antinoo:—Os escucho, Señor.

El Emperador:—¿No sientes tu espalda redondearse más aún bajo la palma de mi mano? Soy tu dueño.

Antinoo:—El aire es tan dulce. . . .

El Emperador:—No, el aire está pesado. Se aspiran en él todos los venenos del Nilo. Este río, allá abajo, es también la guerra. Yo lo remontaría á caballo y sería necesario que él retrocediera. Lo haría encadenar entre dos murallas, más altas que la más alta de sus crecientes. No quiero verlo torcerse ante este palacio como un enemigo herido huyendo de

su destino. Pero esto de levantar murallas, es largo. La impaciencia me roe. Oh! . . . todo es demasiado largo para el tiempo inmóvil que nada avanza. Tengo fiebre, yo, el dueño del Imperio, y se puede morir de fiebre. . . seguiré el consejo de mis adivinos. Pretenden ellos que para purificar las aguas malsanas, es necesario castigarlas con látigos de seda empapados en la leche de la luna, es decir, en el zumo de las magnolias.—Ah! . . . en verdad, el aire me sofoca, me asfixia!

Antinoo:—Que los dioses protejan al Emperador Adriano.

El Emperador:—Protégeme, Antinoo. . . . Pobre dios! te encuentro aquí tal amo te dejé: un niño. Eres siempre mi hijo y por esta causa te hablo como pienso. . . . estoy enfermo, hijo mío, sufro un mal singular, más espantoso que una herida. De la batalla me queda un ruido sordo en el fondo de las orejas. Esto me entorpece y me emborracha tanto como los vinos aromáticos que hemos bebido sobre las terrazas. Volveré á partir. Una fuerza me impulsa destruirlo todo. Soy feliz, sin embargo, en haberte contemplado por vez postrera. Eres un joven árbol, una gran flor, soy feliz y estoy inquieto. Las flores inquietan porque se marchitan. Se ignora que tú ames, y no sé dónde iré mañana. Estoy perseguido por arqueros invisibles cuyas blandas flechas se doblan sobre mi piel, no osando penetrar hasta mi corazón. Los dioses quieren este suplicio. Eres dios. Ah! el aire está cálido, el aire está muy

cálido esta tarde. Estos olores violentos, estos olores salvajes no brotan del Nilo. En el sitio donde vas á bañarte, al morir el día, digo que arden inciensos desde la aurora. Son olores de cadáveres que me arrojan toda la pestilencia de la guerra. Recuerdo... en el tumulto de las armas, entre los saltos de mis soldados, en el humo de los incendios, mi caballo... Cuidado con ese guijarro! ¿Por qué andar con los pies desnudos? ¿No te has calzado las sandalias de púrpura? ¿Acaso un dios debe olvidar sus sandalias? No te respetas, Antinoo, y me desobedece.

Antinoo:—Sólo mis pies son libres, Señor. Ellos me conducen á pesar mío.

El Emperador:—Una aventura extraña, hijo mío! Las piernas de mi caballo se entrelazan á las entrañas de un elefante destripado, tirándolas, desenvolviéndolas, arrastrándolas, galopando siempre con su furioso galope. Me pareció desde el principio que iba sobre la carne viva y no me asombraba; me había acostumbrado á ello; al volverme percibi toda aquella hediondez detrás de mí, en largos serpentes de reptil y ví correr la sangre que era azul! Conduje este horror durante toda la batalla. Guardo en la nariz su olor espantoso, de él emana mi fiebre. Sí, el río arrastra también serpientes muertas. El río está lleno de carnes podridas. Esto corrompe el galope puro del viento. Todo está corrompido en mi morada. El perfume de los inciensos tiene un olor de tumba. Del respiradero de todas las prisiones se exhalan hálitos malditos. Es inútil alimentar á los prisioneros. Si se quiere vivir tranquilo es preciso ahogar todas las plantas. ¿Qué presagio es este, Antinoo? En su carrera mi caballo traba sus pobres piernas temblorosas... Han debido abatir al pobre animal, tan sólidamente lo apresaban los nudos de la hidra infame. Pienso—el viento me calcina—que sería necesario para vivir mejor, aislarse, anoadar el mundo, matar todo, aun sus caballos!

Antinoo:—Es conveniente dispersar vuestros caballos, Señor. El mundo es grande.

El Emperador:—No caminemos tan aprisa... Y las muchachas judías recogidas bajo las tiendas, las bellas muchachas judías que te he hecho ofrecer por mis soldados? Había dado orden de reventarles los ojos... después.

Antinoo:—Vuestras órdenes han sido fielmente ejecutadas, Señor. Las he oído gritar... sin haberlas visto.

El Emperador:—¿No has querido mirarlas? ¡No te dignas examinar mis presentes! ¿Para qué, pues, sirven mis victorias? Eres un niño, nada sabes. ¿No podrías entretenerte en calentar tú mismo las agujas de acero en las llamas de tu altar? Me lo habían asegurado y no quería creerlo; eso no es para tu edad. Tu boca es demasiado melancólica. La he visto dormir á menudo como si no respirase más. ¿En qué sueñas, cuando sueñas, si no es en el placer? Te quiero lleno de alegría. La tristeza de un dios daría miedo. Esas muchachas eran muy bellas. La más bella—se la encontró en el cofre de su padre, bajo un amontonamiento de oro—brillaba como un pedazo de ámbar. Tenía los cabellos plegados sobre la frente, sus dientes descubiertos por la risa del espanto y sus ojos fijos lloraban luz; tenía el

aspecto de una bestia de las florestas. Aquellas mujeres se agrandaban los ojos contando las estrellas. Sus dedos estaban tan cargados de sortijas, que no podían peinarse. Ocultaban sus cabellos bajo bonetes de cáñamo teñido, que no han vuelto á tocar desde que son ricas. Curiosas esclavas de amor, hijo mío. Poseen los secretos de los filtros. En Roma no se conocía ya esta especie, después de mis nuevos edictos, He aquí por qué te las envié. ¿Sabes tú exactamente su paradero?

Antinoo:—Lo ignoro, Señor. No pueden ir lejos con sus ojos reventados.

El Emperador:—Ah!... se habrán arrojado al agua... estoy seguro de ello ahora. Han ido como bestias rastreras á envenenar mi río! Lo adivino en el fuego que reseca mi pecho. He puesto guardias á lo largo del Nilo, pero no los hay en el sitio en que te bañas. Ellas se habrán arrojado por allí. Te han visto y desean volver á verte en la muerte. No es la muerte una barrera para el amor. Jamás se muere del todo cuando se ama. Los guardias! llama á mis guardias! Quiero que se busque á esas muchachas en lo más espeso del limo, ¿me comprendes? Y se las arrastrará en el desierto.

Antinoo:—Señor, habeis prohibido á vuestros soldados pasearse á la orilla del agua. Os agitáis por poca cosa.

El Emperador:—En efecto, lo recuerdo... lo he prohibido á mis guardias... es que á ellos no es posible reventarles los ojos. Son buenos servidores. Será menester un pretexto. Se ha conocido á un hondero ciego que veía bien mirando al azar... Mi cabeza estalla, Antinoo. ¿Habré bebido orégano en el vino? La fiebre... la fiebre!...

Antinoo:—Señor, calmaos. El viento se ablanda. La arena está húmeda. Venid! Os mostraré flores maravillosas. Flotan en la ribera, sin tallo y sin hojas, como huevos vacíos. Veréis mis ibis familiares y los grandes lotos. Cantaré para vos al través de las cañadas.

El Emperador:—No quiero ver nada; á nadie quiero escuchar. Me has traicionado y me traicionarás. Véte!... Mi fiebre se explica facilmente, y no se necesitan las predicciones de mis astrólogos. ¿Qué has hecho de las muchachas judías, dílo? Sobre todo, de aquella cuya carne tenía el color del ámbar?

Antinoo:—Os juro, Señor, que no las he mirado.

El Emperador:—No las has mirado y piensas en ellas, engañador!

Antinoo:—Puede ser que las haya visto sin pensarlo, Señor. Una de ellas ha dejado flotar los velos allá alto, sobre la terraza, pues corría...

El Emperador:—Con qué tono me anunciás esto! Sus velos! Sus velos! Qué te importan los velos de esa mujer! ¿Acaso tú mismo no eres una mujer? sabrías mentir? Ah! ella corría... ¿por qué corría?

Antinoo:—Para escapar del verdugo, señor! No puedo deciros más que la verdad; soy vuestro esclavo.

El Emperador:—Cállate. Eres un dios. No serás nunca sino un dios, un ídolo, un monstruo, una criatura nacida de lo desconocido. Tus verdades son mentiras, puesto que reservas en tí un corazón lleno de silencio. Los dioses no hablan... pronuncian palabras inútiles que pueden interpretarse de mil ma-

neras. No me someto á tu veneración, vil tocador de flauta! Me has arrojado la suerte. Sabré castigarte, y me cegaré luego hiriéndome con mi espada. Los adivinos me han declarado que un niño nacería del emperador Adriano, un niño que lo degollaré con uñas de prostituta. Mas no temo nada. No soy uno de esos romanos apasionado solamente de la voluptuosidad, todos temblorosos de hambre y de frío desde que se alejan de las estufas de Roma; salgo de la feroz Iberia; todas mis pasiones son ácidas y rojas como la sangre de las granadas! Haré correr tantos arroyos de púrpura, que purificaré las aguas de este río maldito. . . Oh Antinoo! Antinoo! Espero lavarme en la paz del sueño y dormiré mejor, puesto que ojos de mujer han caído en el Nilo! Ten piedad de tu amo! Consuela á tu rey, hijo mío! Piensa que he dado á esos hombres que estudian los astros para mi gloria, todo el botín de la guerra, oro y plata; les he dado todos los jóvenes frutos masculinos, tomados en el seno de las madres que rondaban en torno de los carros de mi armada. Ellos los han sacrificado en las enrucijadas de mis jardines en la época de la creciente. ¿Sé lo que quiero saber. ¿Se someterá el pueblo judío? ¿Voy á morir en manos de una cortesana? Cuando te contemplo, sin embargo, es á los juglares á quienes tengo ganas de arrojar. . . ¿No son ellos peores que yo? Me han hecho reducir á cenizas—¡qué abominación!—un anillo de tus cabellos á fin de penetrar tus pensamientos. ¿Estarán, Antinoo, conturbados sus espíritus por funestos celos? Criminal tú? No! No! ofendería tu divinidad sospechando de tí. . . Vamos por allí. Las orillas están desiertas. Sí, tienes razón, el viento está más fresco. Oiré voluntario cantar á las cañas. ¿Cuáles son esas flores que flotan como huevos vacíos? ¿Dónde están tus pájaros familiares? La tarde es dulce. Ah! mi hijo bien amado, toda dulzura viene de la sombra. Confío en la obscuridad como confío en tí. Mira! Es el instante misterioso! Las estrellas tiemblan prontas á inundar tu altar con sus lágrimas de alegría. Eres el dios de la alegría triste, y la lluvia de amor desaltera las fiebres. Sí, la arena es más fina, más pálida, y hunde su pendiente unida bajo las olas límpidas. Diríase una túnica de lino pliegue á pliegue sumergida. Oh! Estos grandes lotos alzando su corona de orgullo! Salve vosotros, mis hermanos, reyes del río sagrado, castos guardianes de mi tesoro! Defendedle! Tened vuestros tallos en forma de arco, si habéis rozado la flexibilidad de su lomo, y lanzad alto vuestras blancas corolas que se azulean con la esperanza de la noche! . . . Beben los ibis gemelos, beben, con los cuellos curvados, uno después del otro, así como dos ánforas que sucesivamente se llenaran. Están ebrios con la embriaguez de vivir, y eso sólo significa la vida toda. Es vana la ciencia de mis astrólogos! El vértigo de las batallas se ha desvanecido al fin ante el reflejo de tu cuerpo adorable! Oh Antinoo! no avances, no turbes tu imagen! Déjame contemplar la clara visión del Dios. . .

Antinoo:—No os inclinéis más, Señor. El agua es profunda. . .

El Emperador:—Me arrodillaría para inclinarme más, pues todo está permitido al Emperador. No! La Venus egipcia cuya cabeza melancólicamente oval está cobijada por el gavilán de oro, el bello idolo grácil, cuyo cuerpo parece huir como una flecha pérfida ante las plegarias y las ofrendas, la madre de todas las Venus, porque ella permanece virgen, *Athara* misma, estaría celosa de Antinoo! Escucha, hijo mío, si muero te lego el Imperio. Un dios debe ser rey, es decir, el dueño absoluto. Los oráculos han asegurado que tú soñabas con ello. Lo deseo igualmente. Encontrarás—me parece que en el interior de un cuadro biselado que orna mi lecho—una llave, la de un pequeño cofre de hierro, muy pesado, enterrado bajo la novena columna de tu templo. Este cofre contiene el *abadir* una piedra obscura como una gota de noche, la piedra venida de los astros. Muerto yo, tómala y reina! Ella es la potencia del príncipe que la posee. . . ¿Por qué vuelves la frente? ¿Bajo el agua verde te ha provocado acaso alguna mujer de ojos sangrientos? Has tenido miedo! . . . Los judíos! Los judíos! Llama á mis guardias! Mi espada! Que traigan mi espada! He bebido, pues, esta tarde, todos los venenos del Nilo! Llama á mis soldados y que azoten este río con látigos de seda empapados en la leche de la luna. . .

Antinoo:—Oh! Señor. . . Necesitáis reposar!

El Emperador:—No hay ya reposo para tu rey. Lo has despojado de su potencia. No hay ya frescura, y la onda está amarga: los cielos hacen resbalar en ella sal! No quiero cerrar más mis párpados, cuando las estrellas se abren sobre tí. . . Gloria, ¿de qué me servirás? Un niño ha nacido de mi corazón, ha brotado de mi pecho, se ha levantado hasta mi garganta, para ahogarme con sus manos armadas de uñas punzantes, con sus manos de prostituta. . . y él, mira á las muchachas judías que le acechan, agazapadas entre los lotos de la ribera! El verdugo les ha reventado mal los ojos. Todo está mal hecho desde que reina Antinoo. . . Hijo mío, busca una espada para que yo mate á estos muertos!

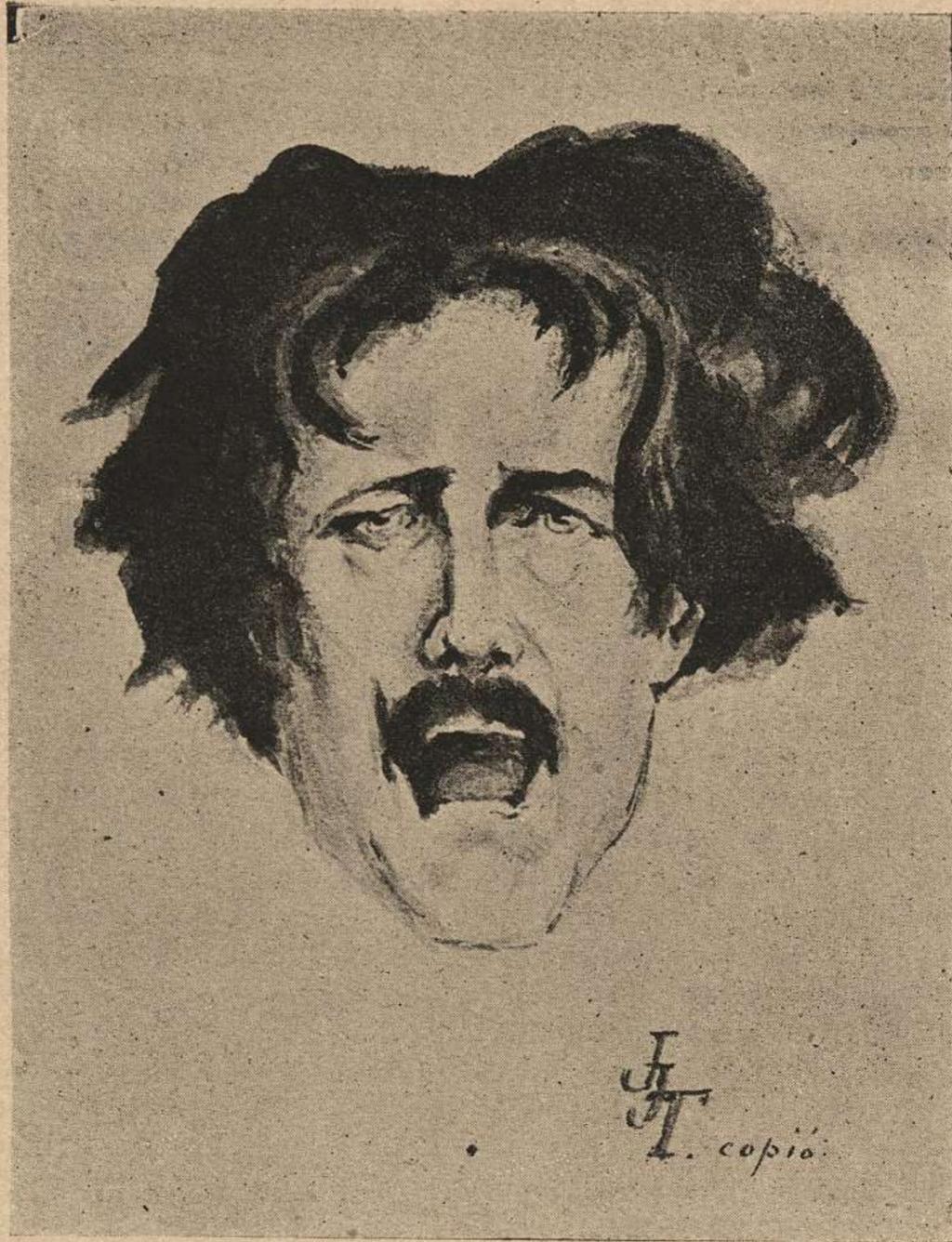
Antinoo:—Excusadme, señor, pero. . . hé aquí la hora del baño.

El Emperador:—¿La hora del baño? Ah! es justo. . . yo puedo sufrir de fiebre, tú, te bañas; amas las caricias del agua mucho más que mis palabras. . . eres tan joven! Vé! . . . Aguardaré. . . Tu imagen! Has turbado tu imagen al entrar en el lecho del río. Tu belleza se desvanece, el dios ha partido. . . Antinoo, Antinoo! . . .

. . . Oh Nilo! viejo Nilo, padre de las metamorfosis, conquistador y dueño de la tierra antes que yo, te conjuro á guardar la forma del dios, ó á devolverme á la diosa! Por *Athara*, en nombre del Amor! cambia el sexo de Antinoo para que pueda mentir, para que sea una mujer cuando regrese!

. . . Y el silencio cayó sobre la agonía de las rosas.

RACHILDE.



MAURICE ROLLINAT.

## LAS CABELLERAS.

---

Las lucientes cabelleras  
 De las amantes queridas  
 Son lujuriosas banderas,  
 Desplegándose guerreras  
 Sobre las carnes vencidas.....

Ni redecillas ligeras,  
 Ni diademas de brillantes!  
 Las lucientes cabelleras  
 De las jóvenes amantes  
 Son lujuriosas banderas!

Y cuando chocan crujientes  
 Las secas bocas ardientes,  
 Se sienten estremecidas  
 Las cabelleras lucientes  
 De las amantes queridas!

(“Les Névroses”).

MAURICE ROLLINAT.

---

## HÉRODIADE

(FRAGMENTO).

HÉRODIADE.

.....  
 Oui, c'est pour moi, pour moi, que je fleuris déserte!  
 Vous le savez, jardins d'améthyste enfouis  
 Sans fin dans de savants abîmes éblouis,  
 Ors ignorés, gardant votre antique lumière  
 Sous le sombre sommeil d'une terre première,  
 Vous, pierres où mes yeux, come de purs bijoux,  
 Empruntent leur clarté mélodieuse, et vous,  
 Métaux, qui donnez à ma jeune chevelure  
 Une splendeur fatale et sa massive allure!  
 Quant à toi, femme née en des siècles malins  
 Pour la méchanceté des antres sybillins,  
 Qui parlez d'un mortel! selon qui, des calices  
 De mes robes, arôme aux farouches délices,  
 Sortirait le frisson blanc de ma nudité,  
 Prophétise que si le tiède azur d'été,  
 Vers lui nativement la femme se dévoile  
 Me voit dans ma pudeur grelottante d'étoile.  
 Je meurs!....

.....J'aime l'horreur d'être vierge et je veux  
 Vivre parmi l'effroi que me font mes cheveux  
 Pour, le soir, retirée en ma couche, reptile  
 Inviolé, sentir en la chair inutile  
 Le froid scintillement de ta pâle clarté,  
 Toi qui te meurs, toi qui brûles de chasteté,  
 Nuit blanche de glaçons et de neige cruelle!

.....  
 O charme dernier! oui, je le sens, je suis seule.

LA NOURRICE.

Madame, allez-vous donc mourir?....

HÉRODIADE.

.....Non, pauvre aïeule,  
 Sois calme et, t'éloignant, pardonne à ce cœur dur!  
 Mais, avant, si tu veux, clos les volets, l'azur  
 Seraphique sourit dans les vitres profondes  
 Et je déteste, moi, le bel azur!

.....Des ondes  
 Se bercent et, là-bas, sais-tu pas un pays  
 Où le sinistre ciel ait les regards hais  
 De Vénus, qui le soir, brûle dans le feuillage;  
 J'y partirais....

.....Allume encore, enfantillage,  
 Dis-tu, ces flambeaux où la cire au feu léger  
 Pleure parmi l'or vain quelque pleur étranger  
 Et....

LA NOURRICE.

.....Maintenant?

HÉRODIADE.

.....Adieu.

.....Vous mentez, ô fleur nue!

De mes lèvres!....

.....J'attends une chose inconnue  
 Ou peut-être, ignorant le mystère et vos cris,  
 Jetez-vous les sanglots suprêmes et meurtris  
 D'une enfance sentant parmi les rêveries  
 Se séparer enfin ses froides pierreries.

STÉPHANE MALLARMÉ.

## EL HIJO DEL HOMBRE.

El desierto,—el desierto donde cae la fatiga de una noche enorme y trágica,—y la luna como un cobre de voraz orín mordido,—en las nubes montañas quiebra sus cuernos de plata,—en las nubes tenebrosas como un crimen,—en las nubes mudas, mudas.... altas, altas....—El desierto donde tiemblan los orgullos moribundos—de las tardes; donde pálidas—lloran lágrimas de sangre las desoladas auroras,—donde el viento sueña enormes pesadillas de fantasmas;—donde exhalan sus rugidos—las an-

gustias de las leonas preñadas,—donde beben turbias sales las rabiosas—zarzas,—donde expiran los camellos olfateando la odre enjuta—bajo el trémulo esqueleto de las palmas.—El desierto,—y la luna inmensa y trágica:—y la luna,—y la luna de una lívida aflicción amortajada,—sobre el desierto incendiado por la fiebre de los soles,—pasa—toda triste,—toda triste y trágica,—triste y trágica la luna—en su sueño luminoso de sonámbula.

Una roca culminante—como una ara.—Una roca

donde á veces—vieron los siglos clavado el marcial perfil de una águila.—De rodillas—está un hombre con las manos levantadas,—y de sus ojos absortos—como dos salobres lagos, se derrama—la amargura de esos llantos que son flujos,—de esos llantos que son flujos de interiores puñaladas.—Ora al Padre.—Ya están cercanos los días de la sangre; ya las palmas—del martirio reverdecen en los dátiles sombríos,—y la vieja Sinagoga está en alarma.—Ora el triste Jesucristo con los codos apoyados en la roca,—y sus codos sangran—en las rojas asperezas de la roca, y en sus labios—irritados como brasas,—hay un vago resplandor fosforescente—que relumbra en las tinieblas agitadas.—Los cabellos sobre el rostro están tendidos,—cual la angustia de una noche de dolor sobre una trágica—fiebre; duermen en su pecho los cuarenta días tristes,—y su corazón se alza—en el fondo de su pecho como cumbre envuelta en nieves;—y la luna como lúgubre sonámbula,—toca el flanco de la roca con un rayo largo y triste,—y la sombra de la roca sobre el arenal se alarga,—y la sombra del Profeta—es más larga que la sombra de la roca que se pierde en la distancia....—Y la luna se hunde,—y la sombra baja,—y la sombra—baja;—y en el fondo de la sombra.—Jesucristo llora y ora con las manos levantadas,—y sus labios irritados resplandecen—con la sed de las vigilias solitarias,—con las hondas languideces del ayuno—que sus ojos iluminan con centellas extrahumanas,—mientras vienen los leones—de las eternas montañas,—á apagar su sed lamiendo con sus rojas lenguas húmedas—la amargura de su inmóvil lengua pálida.

El desierto,—y la luna triste y trágica;—y las nubes montañosas sobre el pórtico lejano de los cielos;—y el Profeta con los ojos en la luz de las montañas,—ora al Padre sobre el crimen de la tierra,—y la tierra pide sangre con sus bocas de venganza:—con la boca de los montes encendidos,—con la boca de los mares que interrogan el misterio de las playas....

#### LOS ÁRBOLES.

En el crepúsculo cruzan brigadieres gigantescos,—en las nubes,—en las nubes malva y fuego;—y sollozan viudeces efímeras en las nubes,—desatando largas lágrimas y velos—largos; pasan por la sombra—los brigadieres del viento,—y prendidos á los flancos de sus potros los relámpagos—de las espuelas; soberbios,—los torreones de las nobles capitales de las nubes—se enderezan en la gloria de un incendio,—como larga teoría de magníficos abades—que á los hornos del martirio se dirigen en silencio;—como yeguas desgredadas que se agolpan—á beber el oro líquido de los rutilantes piélagos;—como ofrenda de magnolias gigantesca—alrededor de un tabernáculo desierto;—como pira de amazonas degolladas—que confunden las heridas desnudeces de sus cuerpos;—como tempestad de mármol—en el fondo de un brillante pensamiento.—Y galopan—los enormes caballeros,—con sus sables—y sus petos,—y la noche—va cayendo—en el hueco del crepúsculo—como un gran cadáver negro.—Y es un órgano de músicas lejanas—el vien-

to;—es un órgano de sonos encantados,—y en su seno—se estremecen rotaciones de gigantes maquinarias,—y galopes de espantosos regimientos,—y mecánicas de bárbaros lenguajes,—y estertores espasmódicos de enfermos:—en el órgano,—en el órgano del viento.

Y en el cielo tenebroso,—en el cielo,—se esfuma la Via Láctea cual la sutura de un cráneo—negro.—Y es el cielo tenebroso una flor llena de sombra,—una flor viva regada de palpitantes luceros,—y en la lúgubre ribera de la noche—con su gran paso de seda va el Silencio.—Y la Tarde va á sentarse resignada—bajo los sauces espesos,—muda y pálida la Tarde,—una mujer muda y pálida que tiene llenos de brisas los cabellos;—bajo los sauces doblados—cual banderas á media asta sobre un duelo,—para oír cantar las blancas agonías de los cisnes,—para ver cómo se anula la caída de los pétalos.—Y los lirios se despiertan en la tierra,—y los astros se iluminan en el cielo,—y de los cálices blancos se levantan—los suspiros de los muertos,—y regado de sangrientas—rosas, el monte de nubes va arruinándose á lo lejos.

Esta es la hora en que los árboles, con sus carnes devoradas por las hachas,—se revisten de misterio.—Y cómo lloran sus hojas—por el crimen de las hachas como párpados sangrientos!—Cómo sufren con sus almas silenciosas,—del adios que dan los días en el linde del desierto!—Su plañido de mil años se desata cada tarde,—como la humedad siniestra de los dolientes pañuelos,—su plañido que se queja del martirio de las hachas,—en los profundos ropajes del Silencio:—mientras las llagas reviven—en sus temblorosos cuerpos—(¡oh las llagas sollozantes bajo el filo de las hachas!—oh las llagas de los vástagos abiertos!)—y la noche—va poniendo—como una ancha—caricia de terciopelo,—con sus manos gigantesca que salen de los crepúsculos,—en el lívido terror de sus cabellos.

#### LAS MONTAÑAS.

Va la luna—dominando los paisajes—como una ave de alas candidas en anuncio de asunciones,—que pasa abriendo el sereno cristal de ilusorios mares,—lentamente—sobre la honda majestad de los paisajes.—Va la luna—por el linde de los piélagos distantes,—y la noche está pintada—cual la piel de los jaguares;—y se mira, como flotas—arboladas de mil mástiles,—vastas selvas anegadas—por los reflejos lunares;—y se ve las selvas náufrugas que parecen ir flutando—con silencio de cadáveres,—en el trémor de unas grandes aguas pálidas—que á manera de anchas sedas amortajan á los árboles.

Bajo los altos silencios—de los aires,—en un diálogo sombrío con el viento—dan gemidos las montañas con su lengua inexplicable.—Han pasado mil inviernos, han venido mil veranos,—y las nieves caen, caen,—y su beso es frío y triste,—y se cuaja en dura escarcha bajo el viento de las tardes,—bajo el viento que desgarrá en sus mil garras—el encanto de su traje,—de su gran traje de bosque.—Y á manera de viudas seculares—que enmudecen en su pálida indigencia,—las han visto los patriarcas de las épocas distantes,—adherido á sus cintu-

ras—con un cíngulo de espinas su amplio traje,—y desnudados sus bustos por el beso de la nieve,—(casto y malo, casto y grave,)—lastimadas bajo el peso de sus corazas de piedra,—ó mordidas por la ignívoma dentadura de los cráteres,—siempre abiertos como llagas gigantescas,—como llagas luminosas en aquella enorme carne.

¡Oh cuán fríos son los besos de las nieves,—de las nieves que ensangrienta la agonía de las tardes,—y cuán largo es el martirio que tortura aquellas rocas—bajo el vuelo indiferente de las águilas salvajes,—en la desnudez eterna de los silenciosos cielos,—en la grande orquesta de órganos de las negras tempestades,—en la enorme decadencia de los siglos transcurridos,—en las noches armoniosas como cíclicos cantares!—Sus entrañas—dan las aguas de los ríos y los valientes metales,—y los pájaros anidan á la sombra de su bosque,—y las fieras se guarecen bajo aquel enorme traje;—y los astos las contemplan desde lo alto de las noches—como á gigantescas madres,—y se quejan con torrentes las montañas—al silencio misterioso de los valles.—En las horas de los sueños y las nieblas,—su alma volcánica surge como un respiro gigante,—y sentada en los linderos de la noche—habla el viento que dormita bajo el techo de su bosque formidable;—habla al mundo y oye el mundo sus lamentos,—sus lamentos más eternos que los mares,—sus lamentos que se quejan del castigo de las nieves,—despertando las tristezas desgredadas de los árboles,—y las ruinas que se elevan como fúnebres orquestas destrozadas—en los valles.

#### LA MAR.

En la costa dentellada—rueda la Mar sus espumas que sollozan en la orilla,—su noble fimbria de espumas,—crespa fimbria,—como las mansas melenas de un león encanecido,—bajo el doméstico peine de su domador tendidas.—El sol huye á las distancias—de la soledad marina,—y parece una gran rosa deshojada—sobre la rota opulencia de las nieblas; una brisa—llena de alas emigrantes—y de asperezas salinas,—cruza la pálida tarde—como un suspiro de víctima.—Y las olas van gruñendo con sus férvidos pulmones,—cual las odres armoniosas de una enorme sinfonía,—y es un gran gemido heroico lo que viene de las aguas,—á mover el alma impávida de las rocas de la orilla.—Es la Mar, la hembra jadeante,—que sus hondos nervios crispa.

Cuando sus pulsos acordes como octavas gigantescas,—con el ritmo de los astros armoniza,—y desborda sus sonoras marejadas—como un ímpetu de crines sobre el nudo de las bridas:—cuando el soplo de las trombas—sus tonantes cabalgatas precipita,—y al ijar lleva adherida como un látigo silbante la vibrante—brisa;—y se escucha los millores de palabras—con que arguyen los oleajes al silencio de la orilla;—y la noche va emergiendo del terror de las distancias,—y al horizonte inflamado silenciosa se encamina,—como una ancha mariposa de terciopelo, á abrasarse—en la gigantesca lámpara del ocaso que agoniza:—la Mar, sobre los cantiles—de la costa inmensamente se encabrita,—y en su vientre maternal lloran las perlas,—y el confuso

advenimiento de las vidas—riega su matriz de flores,—y de fósforos rielantes la ilumina,—y el misterio de los gérmenes en los plácidos silencios—de las aguas, tiene nupcias de amatista.

Y la Mar, sus grandes pechos—de sirena echa á la orilla,—y los muerden los peñascos,—y las ásperas arenas los lastiman;—y es entonces cuando se oye la gran voz de los abismos,—que se queja de la orilla,—y es un martirio de olas—el martirio de la mar estremecida,—que en las rocas de la tierra va á estrellar perpetuamente—las desnudeces benignas—de sus pechos espumosos—que las peñas formidables martirizan.—Y los ríos caen, caen en su seno tempestuoso—cual sollozos prolongados, y los ecos de la orilla,—son lamentos de un martirio inextinguible,—del martirio de la Mar que se encabrita—en los bárbaros amores de su lecho de corales,—sobre el ara de las rocas de la orilla,—destrozándose los pechos gigantescos—en las hondas convulsiones del insomnio de su gran cuerpo de víctima.

#### EL CARBÓN.

En el seno de la fragua toda roja—como una granada abierta,—arde el negro corazón hecho pedazos,—corazón caliente y noble de los montes de la tierra;—y las ascuas se desgranán como rotos aderezos—de una garganta sangrienta,—en el horno trepidante—que de fiebres tempestuosas centellea,—en el horno,—en el horno donde estallan los cabestros de las fuerzas.—Y del negro corazón de las montañas—surgen quejas,—que parecen subterráneos murmullos—de cadáveres de selvas,—que vivieron bajo el peso de las cálidas atmósferas—en la noche primitiva de las épocas.—Y son voces—que recuerdan;—y en las ascuas encendidas—se despierta—la vitalidad flameante de los soles estinguídos,—que durmiera diez mil años en el alma de las leñas.

En las noches—que el silencio de la luna como una ánima siniestra—cubre, en las noches que el cielo—como un éxtasis suspende sobre el sueño de la tierra,—en las noches luminosas como Iliadas, surge el largo—tormento de las hogueras,—incendiadas de fogosas pedrerías que se anudan—como suntuosas culebras;—y el dolor de las hogueras estremece—la profunda compasión de las tinieblas,—guarecidas en el fondo de los bosques—por el miedo de la luna que los lagos con su limpia plata riega.—Coma una flameante píxide llena de heroicos fervores,—la hoguera,—al respiro de los vientos se reanima—y sus bárbaros martirios acrecienta;—y los vientos—exasperan—la honda sed, que devorando la gran pompa de sus llamas,—la tortura con febril incandescencia,—con feroces mordeduras de ascuas rojas,—de ascuas bravas, de ascuas vivas como luminosas lepras.—Y son voces—que recuerdan—esos lúgubres gemidos—de la hoguera:—Son las voces de las selvas sumergidas—en la tumba secular de las arenas,—los gemidos de los vientos prehistóricos—que guardaron como tumbas las cortezas,—la expansión de los incendios que torcieron las raíces de los montes,—y doraron los metales del tesoro de las vetas,—conmoviendo con rumores de

grandes pasos de hierro,—la solemne arquitectura del portal de las cavernas.—Y cuál llora el corazón de las montañas—su martirio generoso desde el seno de la tierra!—Y sus llantos son de brasas (lágrimas de oro flamígero)—y aquel gran corazón mártir despedaza su grandeza,—en el bárbaro suplicio de las fraguas,—aquel gran corazón mártir de los montes de la tierra,—que en su herido seno guarda transformadas en diamantes,—almas de estrellas...

#### LAS VACAS.

Noche y bosque en la montaña:—bajo el lóbrego despliegue de la sábana de hojas,—cual si fuera un cuerpo inmenso—reposa—el Silencio con sus tristes desvarios sepulcrales,—en el terror metafísico de la noche de las frondas.—Es un paisaje de árboles—que en un vago claro obscuro se recortan,—como un haz de pesadillas—en que alternan una víbora y una horca,—una víbora—y una horca,—una víbora—y una horca,—y un triángulo y una lúgubre armazón de trancos fémures,—y una víbora y una horca.—Y el cielo abre su profunda majestad sobre la tierra—como un gran tonel de sombra.—Flota el sueño de los bosques—impregnado de la gran extenuación de las aromas,—en el seno de la noche como un feto agonizante,—en color de niebla el sueño de la selva misteriosa,—donde tienden los crepúsculos el ajuar immaculado—de sus sedas melancólicas.—Hay un árbol en la selva,—un árbol de largas hojas,—vieja lira de los vientos,—denso palió de los sueños de la sombra.—Y hay una mancha de sangre al pie del árbol excelso,—y es una ancha mancha roja,—junto al vivac de una nómada caravana moabita—que durmió cuarenta noches con su tropa—de grandes bueyes arábigos,—al amparo de la sábana de hojas.—Y la sangre es de una vaca degollada—cuya lúgubre osamenta se disputan las raposas.—Derrepente rompe el sueño de los bosques—un mugido negro y hondo, negro y lleno de misterio y de zozobra,—como el livido sollozo de una viudez herida—que lancea el largo flanco de la sombra,—en un coro tan solemnemente negro,—que parece que se llena de una inmensa pesadilla la montaña misteriosa.

Son las vacas que han venido á media noche,—olfateando en las distancias de la sombra,—el sutil olor de muerte que levantan de la tierra—mojada por el degüello, las frescuras de la fronda.—Con pesados trotes llegan—las salvajes plañidoras,—en la niebla que envolviendo los zarzales—flota,—absorbiendo los cuajados alientos de sus narices,—que sobre la muda tierra con ronco estertor sollozan.—Y destilan grandes lágrimas—llenas de candor salvaje, sus pupilas soñadoras,—y la sangre derramada se humedece—empapada de gemidos y congojas.—El terror de los silencios—huye á pasos gigantescos por las rocas,—y la noche, destrenzando sus cabellos de tiniebla,—como una enorme palmera sobre aquel dolor se encorva.—¡Oh cuán largo es ese llanto de las hembras desoladas—sobre el húmedo degüello que en la tierra erial se borra,—junto al noble trono de águilas con que alcanzan á los astros—las rocas!—El siniestro bosque atiende con sus mil lenguas inmóviles—el clamor de las sal-

vajes plañidoras,—tan inmenso, tan salvaje, tan mortal, tan desolado,—que estremece en sus alturas las cornisas de la sombra.—El clamor con que las vacas de la selva—lloran—su duelo, (en la noche náufraga sobre los montes) su duelo,—sobre una ancha mancha roja.

#### LAS NUBES.

Con los costados abiertos por flamígeras lanzadas,—van cayendo en los desmayos vespertinos—las nubes.—Van cayendo sobre un alto crucifijo—que en el fondo de una hoguera abre los brazos,—y como un árbol invicto,—traza el linde de la inmensa ruta de ópalo—que se abisma en los crepúsculos convulsivamente lividos,—de la inmensa ruta de ópalo que en los días fabulosos,—despertó los grandes éxodos de los nómades antiguos.—Van cayendo—sobre un alto crucifijo—las nubes.—Van cayendo, van cayendo en el martirio,—y los pálidos silencios superiores las escoltan—por el cristalino frío—de los aires, y los bravos escarlatas del ocaso—aprontan lechos de brasas á sus cuerpos hialinos,—y sobre el ocaso cuelgan las nubes crucificadas,—como harapos de banderas sobre los oros sonoros de los himnos.

Cuando enderezan sus crines las borrascas tenebrosas,—y los cielos se desgajan como selvas, y el silbido—del viento vibra incesante, como una flecha tan larga—que en una noche no acaba de cruzar sobre el abismo;—y galopan cabalgatas invisibles—por los ámbitos confusos de los limbos,—y los relámpagos se abren como pórticos de crimen—sobre lúgubres Palmiras, entre escombros de obeliscos:—van las nubes á estrellarse en las montañas—como largos buques náufragos, con lamento nunca oído,—y sus cuerpos se desgarran en las rocas—ásperamente elevadas ante el paso de los siglos.—Son las nubes que bebieron el aliento de los mares—en sedientas caravanas, son las nubes del rocío,—son las nubes de la lluvia bienhechora,—que conducen el consuelo celestial de los bautismos—á los nobles cedros (pródigos—de coronas) que coronan la ancianidad de los Líbanos,—y á los reales—lirios,—que en efímeros noviazgos se consumen—bebiendo sus blancos éxtasis en el temblor de un suspiro.

¿Por qué vinieron los vientos—á arrastrarlas en sus brazos convulsivos,—para echarlas en la hoguera de los soles,—para herirlas en las rocas de los páramos sombríos,—para hundirlas en la sombra de las noches borrascosas—emergidas como selvas del misterio del abismo?—Ellas quieren—el azur resplandeciente, que como un solemne río—las mece sobre los cerros, opulentamente blancas,—el azur de los silencios infinitos,—donde bogan coronadas por el sueño de alguna águila dormida—que cobija con sus alas el silencio de los cielos vespertinos.—Por eso lanzan sus quejas—desde lo alto de las rocas esculpidas por los siglos,—enredando sus furiosas cabelleras—en los brazos asesinos—del viento;—en los largos brazos fríos—que las llevan sobre el vértigo arrastrando sus cabellos—líquidos;—sus cabellos que en las púrpuras solares—se empaparon de oro vivo,—sus dolientes cabelleras—y sus cuerpos vaporosos que pasan sobre los picos—cual

sueños tentaculares—sobre inmóviles espíritus,—con las mudas cabelleras incendiadas de relámpagos,—con las mudas cabelleras empapadas de gemidos.

### EL VIENTO.

Como una—gran yegua negra que aparece por el fondo—visionario del crepúsculo, y el cuello ornado de inmensas—crines, extiende, empapándolo en los largos flujos rojos—del Poniente; como una—yegua negra en cuya grupa sienta su triste abandono,—una inmensa mujer blanca, que es la Luna,—una inmensa mujer blanca de cabellos luminosos:—la Noche viene, turbada de pensamientos solemnes—y de gemidos heroicos,—que van quedando prendidos en las ramas de los sauces como agonizantes pájaros—de oro.

Es el viento eso que gime—en el alma de la noche con un gigantesco soplo,—es el viento—que monologa á lo largo de los profundos insomnios,—las palabras de una lengua formidable,—quebrantada de sollozos;—el viento,—que adherido cruza á veces á los flancos de los potros,—que empujando cruza á veces los sonantes carros de armas,—que las tormentas arrastran con grandes trotes de bronce por el fondo—de las noches; las tormentas que parecen un incendio—de montañas bajo enormes estandartes luminosos.—Trae el viento los gemidos de las tumbas olvidadas—que eternizan el reposo—de los largos esqueletos, cuyas ánimas terribles,—duermen debajo las lenguas cadavéricas, en hondo—cautiverio de silencio, como larvas tenebrosas.—Trae el viento los gemidos de las hojas del Otoño,—de la gran caída de hojas—que desnuda el fuerte cuerpo de los troncos,—hojas tristes que humedecen la tristeza de los largos trajes viejos.—Trae el viento el misterioso—gemido de las angustias—que desgarran las entrañas de los lobos.—Trae el viento los gemidos—con que dan los moribundos sus almas á los grandiosos—brazos de la Muerte, largos como la esperanza, largos—como—una vigilia astronómica, como el brillo de la estrella—que tienen fija los ciegos en el limbo de sus ojos.—Trae el viento los gemidos—de las víctimas que mueren sin socorro,—bajo la aflicción estéril de los compasivos cielos,—bajo las heridas, mustias como ajados heliotropos,—(¡para qué dejaron irse toda su sangre!) rugiendo—con sus tristes vientres rotos.—Trae el viento—los gemidos de los téticos suicidas, cuyos heroicos—cuerpos danzan á la sombra de los álamos, la Danza—de la Cuerda, bajo el viento de sus lóbregos—cabellos que los follajes apaciguan con extraños—soplos.—Trae el viento los aullidos de los perros,—los aullidos infinitamente hondos,—con que hablan á las visiones que en los pliegues de la niebla—semivelan el misterio de sus rostros,—las visiones de estatura larga y frágil,—cual suspiros caminantes bajo lúgubres paraguas hiperbólicos.—Trae el viento los gemidos de las pálidas ciudades—desoladas por la Peste, con sus templos silenciosos,—y sus calles donde miran largamente á las estrellas,—los muertos desamparados, con sus pupilas cuajadas y sus rostros—que la luna galvaniza desde el cielo,—llorando sobre las lágrimas

apagadas de los ojos,—sobre el canto de los gallos, en la noche luminosa—como un templo cuya bóveda ha entreabierto un terremoto.

Así pasa el ancho viento,—así pasa por el fondo—de la noche,—sosteniendo las tinieblas gigantes en sus hombros;—así pasa,—con su traje de gemidos lamentablemente roto,—desatando inverosímiles cabellos—á la sombra de los árboles sonoros,—el viento:—que es el enorme sollozo—que la tierra perpetúa sobre el arpa de los bosques,—largo y hondo,—largo—y hondo,—sobre el arpa de los bosques entre cuyas largas cuerdas,—va arrastrándose el sollozo,—largo, largo, sobre el arpa; largo, largo, entre las cuerdas; largo, largo—y hondo....

LEOPOLDO LUGONES.

### DE MI DIARIO.

He ahí el realismo sensacional de Puvis de Chavannes y de los maestros impresionistas modernos, que tratábamos de explicarnos en el último Salón de París. El, como Sivori, ve la naturaleza á su manera, penetrando en la infinita escala de los matices, distinguiendo todas las gradaciones producidas en los colores por las variaciones de la luz, de las sombras, de la altura del sol en el horizonte. Examinó el cuadro que Sivori acaba de bosquejar. Él también observa que los objetos son luminosos, coloridamente solidarios entre sí, y de ahí el desorden aparente de tintas, incomprensible cuando se mira de cerca, pero que se suavizan y se funden en una delicada armonía de tonos, cuando se les contempla á cierta distancia, pues realizan en la retina el empaste ó combinación de los colores diseminados en el cuadro. Hay además delicadezas de visión que no aparecen á primera vista, finezas y palpitaciones en el ambiente, y el aire mismo ha sido fijado con tal estremecimiento de vida, que parece verse la vibración de sus átomos á la luz de los cielos! Él también expresa y completa el sentimiento del paisaje y traduce simbólicamente en la tristeza ó vigor de sus tonos, algo como situaciones del alma, que, á su vez por impresión simpática, tratan de producir otras análogas en el nuestro.

Los pintores góticos y los prerrafaelitas usando de procedimientos casi primitivos llegaban al mismo fin, sirviéndose de la figura humana que para ellos era lo principal, mientras que para los impresionistas no es más que un accidente complementario del paisaje. ¿Será absolutamente verdadero el axioma moderno de estética, según el cual la obra de arte no es sino la eterna naturaleza vista al través de un temperamento?

BELISARIO J. MONTERO.

## EL DONADOR DE ALMAS.

Reproducimos íntegra la última parte de la *nouvelle* de ese título que acaba de publicar Amado Nervo.

Nuestro redactor en turno la examinará en el próximo número de la *Revista Moderna*.

### ZOILO Y EL.

ZOILO.—Por qué llama usted á esta NOUVELLE “El Donador de Almas?” Fijese usted bien: el donador apenas si proyecta su silueta en el libro, y en cuanto á las almas donadas se reducen á una.

EL.—Hay un derecho incontrovertible, y es el de bautizar. Por qué se llama usted—es un suponer—Fernando? Fernando significa guerrero valiente, y usted ni es valiente ni es guerrero. Por qué se apellida usted Blanco? Un moreno sincero como usted no debía apellidarse así. No obstante, está usted en su derecho. Los nombres son bienes comunes.

Mi NOUVELLE se llama EL DONADOR, en primer lugar, porque así me plugo llamarla, y en segundo, porque al final de ella vive aún quien da, y quien da, lógicamente puede seguir dando. Si usted acertase á crear un átomo, sería usted creador de átomos, porque la virtud que en usted radica es la que ejercitada una vez y en aptitud de ejercitarse otras, le da á usted el nombre.

ZOILO.—Por qué hace usted que una banda de música toque la BOHEMIA DE PUCCINI en 1886?

EL.—Yo no he escrito Bohemia de Puccini, sino BOHEMIA simplemente. Shakespeare dió sombreros á los romanos, y á los dinamarqueses muebles que aún no fabricaban. Si suponemos que Shakespeare tenía cien mil veces más talento que yo, debemos concluir que tenía cien mil veces menos derecho que yo á los anacronismos.

ZOILO.—Por qué habla usted antes de 98 de las conquistas de los Estados Unidos?

EL.—No me refiero á Hawaii ni á Filipinas ni á Puerto Rico ni á Cuba. . . . Lo decía por Texas, Arizona, Nuevo México y la Alta California. . . . Usted perdone.

ZOILO.—Por qué produce usted tanto?

EL.—Porque mi amada es múltipara y de los tiempos en que la fecundidad se consideraba como una nobleza y la esterilidad como una ignominia. Ni padece de la cintura, ni requiere emulsiones reconstituyentes; ni necesita, como Raquel, esclavas que conciban por ella, ni adopta prole extraña como la

hija de Faraón, aunque esa prole pudiese llamarse Moisés.

ZOILO.—Qué escuela pretende usted seguir?

EL.—Oiga usted: amo á Asunción, á causa del esmalte de sus dientes y de la aristocracia de sus manos semejantes á las de Isolda; á Lidia por el brillo de sus ojos y á Elena por las rosas de la color. Amo á Blanca en razón de sus cabellos largos como los de Margarita de Provenza, y rubios como los de la princesa Ginevra; á Antonia por la sonoridad y cadencia de sus movimientos, y á Ana por la música de sus palabras y el poder de sus besos. Ni Asunción, ni Lidia, ni Elena, ni Blanca, ni Antonia, ni Ana son la perfección individualmente consideradas. Unidas la forman y unidas las busco. Mi heredad es grande y mi miés es rica.

ZOILO.—Por qué le combaten á usted como si usted fuera muchos? Usted es uno.

EL.—Somos yo y mis hijos. Sara odió á su sierva, porque su sierva, concibiendo, condenaba su esterilidad. Agar huyó al desierto por el crimen de ser fecunda.

ZOILO.—Por qué calla usted siempre? Enmudecer es acatar.

EL.—No callo, trabajo: no enmudezco, escribo. Creo en la labor y en el silencio: en la primera porque triunfa; en el segundo porque desdeña.

ZOILO.—Su libro de usted pudo desarrollarse más.

EL.—Usted dice: desarrollar; Flaubert dijo: condensar. Prefiero á Flaubert. Nuestra época es la de la NOUVELLE. El tren vuela. . . . y el viento nos impide hojear los libros. El cuento es la forma literaria del porvenir.

ZOILO.—Literaturizar en México es ARAR EN OCEANO, si he de usar la frase de Bolívar. Usted pudo ser abogado, médico, ingeniero, capitalista. . . . y no es usted nada. Su obra morirá sin haberle dado á usted vida.

EL.—Todos somos aquello que el acaso hace de nosotros. Dante Gabriel Rosseti escribió estos versos que cita Bourget:

—LOOK IN MY FACE, MY NAME IS MIGHT HAVE BEEN.  
I AM ALSO CALLED:—NO MORE, TOO LATE, FARE THE  
WELL.

Mírame, yo soy AQUELLO que hubiera podido ser. Me llaman también NUNCA JAMÁS, DEMASIADO TARDE. . . . ADIOS.

ZOILO.—Pudo usted ahorrarse esta réplica, cumpliendo con su canon de silencio.

EL.—Suponga usted que la necesitaba para nutrir dos páginas más que completasen la última entrega, y que todo es asunto de REGENTE. . . .